

Desobediencia civil y no-violencia



LA GUILLOTINA

Desobediencia civil y no-violencia

H. D. Thoreau, L. Tolstoi, M. Gandhi,
M. L. King, B. Russell, E. Fromm,
N. Chomsky, J. Lennon

RAÚL BERA NÚÑEZ - edición.

FERNANDO ROBLES OTERO - producción.

Ciudad de México, 2007



La desobediencia civil

Henry David Thoreau

Traducido por Hernando Jiménez.

Tomado de:

http://www.nodo50.org/tortuga/article.php3?id_article=2713

CREO DE TODO CORAZÓN EN EL LEMA “El mejor gobierno es el que tiene que gobernar menos”¹, y me gustaría verlo hacerse efectivo más rápida y sistemáticamente. Bien llevado, finalmente resulta en algo en... lo que también creo: “El mejor gobierno es el que no tiene que gobernar en absoluto”. Y cuando los pueblos estén preparados para ello, ése será el tipo de gobierno que ten-

¹ “El mejor gobierno es aquel que gobierna menos”, consigna de la revista *United States Magazine and Democratic Review*, 1837-1859; igual concepto puede verse en “*Politics*” (1844) de R. W. Emerson: “cuanto menor el gobierno, mejor”.

gan. En el mejor de los casos, el gobierno no es más que una conveniencia, pero en su mayoría los gobiernos son inconvenientes y todos han resultado serlo en algún momento. Las objeciones que se han hecho a la existencia de un ejército permanente, que son varias y de peso, y que merecen mantenerse, pueden también por fin esgrimirse en contra del gobierno. El ejército permanente es sólo el brazo del gobierno establecido. El gobierno en sí, que es únicamente el modo escogido por el pueblo para ejecutar su voluntad, está igualmente sujeto al abuso y la corrupción antes de que el pueblo pueda actuar a través suyo. Somos testigos de la actual guerra con Méjico², obra de unos pocos individuos comparativamente, que utilizan como herramienta al gobierno actual; en principio, el pueblo no habría aprobado esta medida. El gobierno de los Estados Unidos ¿qué es sino una tradición, bien reciente por cierto, que lucha por proyectarse intacta hacia la pos-

² Guerra entre Estados Unidos y México (1846-1848), los abolicionistas la consideraban un intento de extender la esclavitud hacia territorio mexicano.

teridad, pero perdiendo a cada instante algo de su integridad? No tiene la vitalidad y fuerza de un solo hombre: porque un solo hombre puede doblegarlo a su antojo. Es una especie de fusil de madera para el mismo pueblo, pero no es por ello menos necesario para ese pueblo, que igualmente requiere de algún aparato complicado que satisfaga su propia idea de gobierno. Los gobiernos demuestran, entonces, cuán exitoso es imponérsele a los hombres y aún, hacerse ellos mismos sus propias imposiciones para su beneficio. Es excelente, tenemos que aceptarlo. Sin embargo, este gobierno nunca adelantó una empresa, excepto por la algarabía con la que sacó el cuerpo. No mantiene al país libre. No deja al Oeste establecido. No educa. El carácter inherente al pueblo americano es el responsable de todo lo que se ha logrado, y hubiera hecho mucho más si el gobierno no le hubiera puesto zancadilla, como ha ocurrido tantas veces. Porque el gobierno es una estratagema por la cual los hombres intentan dejarse en paz los unos a los otros, y llega al máximo de conveniencia cuando los gobernados son dejados en paz.

Si el mercado y el comercio no estuvieran hechos de caucho, jamás lograrían salvar los obstáculos que los legisladores les atraviesan en forma sistemática. Y si uno fuera a juzgar a esos señores sólo por el efecto de sus acciones, y no en parte por sus intenciones, merecerían ser castigados como los malhechores que atraviesan troncos sobre los rieles del ferrocarril.

Pero, para hablar en forma práctica y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se llaman “antigobiernistas”, yo pido, no como “antigobiernista” sino como ciudadano, y de inmediato, un mejor gobierno. Permítasele a cada individuo dar a conocer el tipo de gobierno que lo impulsaría a respetarlo y eso ya sería un paso ganado para obtener ese respeto. Después de todo, la razón práctica por la cual, una vez que el poder está en manos del pueblo, se le permite a una mayoría, y por un período largo de tiempo, regir, no es porque esa mayoría esté tal vez en lo correcto, ni porque le parezca justo a la minoría, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría rige en todos los casos no se puede basar en la justicia, aún en cuanto ésta

es entendida por los hombres. ¿No puede haber un gobierno en el que las mayorías no decidan de manera virtual lo correcto y lo incorrecto, sino a conciencia?, ¿en el que las mayorías decidan sólo los problemas para los cuales la regulación de la conveniencia sea aplicable? ¿Tiene el ciudadano en algún momento, o en últimas, que entregarle su conciencia al legislador? ¿Para qué entonces la conciencia individual? Creo que antes que súbditos tenemos que ser hombres. No es deseable cultivar respeto por la ley más de por lo que es correcto. La única obligación a la que tengo derecho de asumir es a la de hacer siempre lo que creo correcto. Se dice muchas veces, y es cierto, que una corporación no tiene conciencia; pero una corporación de personas conscientes es una corporación con conciencia. La ley nunca hizo al hombre un ápice más justo, y a causa del respeto por ella, aún el hombre bien dispuesto se convierte a diario en el agente de la injusticia. Resultado corriente y natural de un indebido respeto por la ley es el ver filas de soldados, coronel, capitán, sargento, polvoreros, etc., marchando en formación admirable sobre colinas y cañadas

rumbo a la guerra, contra su voluntad, contra su sentido común y sus conciencias, lo que hace la marcha más ardua y produce un palpito en el corazón. No les cabe duda de que la tarea por cumplir es infame; todos están inclinados hacia la paz. Pero, qué son? Son hombres acaso? O pequeños fuertes y polvorines al servicio de algún inescrupuloso que detenta el poder? Visiten un patio de la Armada y observen un marino, el hombre que el gobierno americano puede hacer, o mejor en lo que lo puede convertir con sus artes nigrománticas: una mera sombra y reminiscencia de humanidad, un desarraigado puesto de lado y firmes, y, se diría, enterrado ya bajo las armas con acompañamiento fúnebre... aunque puede ser que: “No se oyó ni un tambor, ni la salva de adiós escuchamos, cuando el cuerpo del héroe y su honor en la tumba en silencio enterramos”³.

La masa de hombres sirve pues al Estado, no como hombres sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército ergui-

³ Charles Wolfe (1791-1823) *El entierro del Señor John Morre en Corunna*.

do, la milicia, los carceleros, los alguaciles, *posse comitatus*⁴, etc. En la mayoría de los casos no hay ningún ejercicio libre en su juicio o en su sentido moral; ellos mismos se ponen a voluntad al nivel de la madera, la tierra, las piedras; y los hombres de madera pueden tal vez ser diseñados para que sirvan bien a un propósito. Tales hombres no merecen más respeto que el hombre de paja o un bulto de tierra. Valen lo mismo que los caballos y los perros. Aunque aún en esta condición, por lo general son estimados como buenos ciudadanos. Otros –como la mayoría de los legisladores, los políticos, abogados, clérigos y oficinistas– sirven al Estado con la cabeza, y como rara vez hacen distinciones morales, están dispuestos, sin proponérselo, a ponerle una vela a Dios y otra al Diablo. Unos pocos, como héroes, patriotas, mártires, reformadores –en el gran sentido– y hombres sirven al Estado a conciencia, y en general le oponen resistencia. Casi siempre son tratados como enemigos. El hombre sabio será útil sólo

⁴ Grupo armado para mantener la ley, grupo armado del sheriff.

como hombre, y no aceptará ser “arcilla” o “abrir un hueco para escapar del viento”⁵, sino que dejará ese oficio a sus cenizas.

“Soy nacido muy alto para ser convertido en propiedad, para ser segundo en el control o útil servidor e instrumento de ningún Estado soberano del mundo”⁶.

El que se entrega por completo a sus congéneres les parece a ellos inútil y egoísta; pero aquel que se les entrega parcialmente es considerado benefactor y filántropo.

¿Cómo le conviene a una persona comportarse frente al gobierno americano de hoy? Le respondo que no puede, sin caer en desgracia, ser asociado con éste. Yo no puedo, ni por un instante, reconocer una organización política que como gobierno mío es también gobierno de los esclavos. Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución; es decir, el derecho a negarse a la obediencia y poner resistencia al gobierno cuando éste es

⁵ De *Hamlet*, Shakespeare (1564-1616).

⁶ De *King John*, Shakespeare.

tirano o su ineficiencia es mayor e insoportable. Pero muchos dicen que ese no es el caso ahora. Pero era el caso, creo, en la Revolución de 1775⁷. Si alguien viene a decirme que aquel era un mal gobierno porque gravaba ciertas mercancías extranjeras que llegaban a sus puertos, seguramente no haría yo mucho caso del asunto, puesto que me basto sin ellas. Toda máquina produce una fricción, y ésta probablemente no es suficiente para contrarrestar el mal. En todo caso, es un gran mal hacer gran bulla al respecto. Pero cuando la fricción se apodera de la máquina y la opresión y el robo se organizan, les digo, no mantengamos tal máquina por más tiempo. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de una nación que ha tomado como propio ser el refugio de la libertad está esclavizada, y todo un país está injustamente subyugado y conquistado por un ejército extranjero y sujeto a la ley militar, no creo que sea demasiado pronto para que los honestos se rebelen y hagan revolución. Lo que

⁷ La Revolución Americana comenzó en Concord y Lexington en 1775.

hace más urgente esta obligación es que el país así dominado no es el nuestro y lo único que nos queda es el ejército invasor.

Paley, conocida autoridad con muchos otros en asuntos morales, en su capítulo sobre “Obligación a la obediencia al Gobierno Civil”, resuelve toda obligación moral a la conveniencia y continúa diciendo que “en cuanto el interés de toda la sociedad lo requiera, es decir, en cuanto al gobierno establecido no se pueda oponer resistencia o cambiar sin inconveniencia pública, es la voluntad de Dios... que el gobierno establecido sea obedecido... y no más. Al admitir este principio, la justicia de cada caso específico de resistencia se reduce al computo de la cantidad de peligro y afrenta, por un lado, y a la probabilidad y costo de remediarlo, por el otro”⁸. De esto, dice, cada persona juzgará por sí misma. Pero parece que Paley nunca contempló aquellos casos en los que la ley de conveniencia no es aplicable, en los que

⁸ De *Principios de Moral y Política*, 1785, de William Paley (1743-1805), teólogo y filósofo inglés.

un pueblo, tanto como un individuo, debe ejercer justicia, cueste lo que cueste. Si injustamente le he arrebatado una tabla a un hombre que se está ahogando, debo devolvérsela aunque yo me ahogue. Esto, según Paley, no sería conveniente. Pero aquel que salve su vida en tal forma, la perderá⁹. Este pueblo tiene que dejar de tener esclavos y de hacerle la guerra a Méjico, aunque le cueste su propia existencia como pueblo.

En sus prácticas, las naciones están de acuerdo con Paley, pero ¿cree alguien que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

“Una puta por Estado, recamado de plata, que le lleven la cola, pero que deja la huella de su alma en la mugre”¹⁰.

En la práctica, quienes se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros del Norte, quienes están más interesados en el

⁹“El que halle su vida, la perderá...”, Mateo, 10:39.

¹⁰ Cyril Tourneur (1575?-1626) *La tragedia de los vengadores*.

comercio y la agricultura que en la humanidad, y no están preparados para hacer justicia a los esclavos y a Méjico, cueste lo que cueste. Yo no lucho con adversarios lejanos, sino en contra de quienes, aquí mismo en casa, cooperan y licitan por los que están lejos, y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas; pero las mejoras son lentas, porque los pocos no son ni materialmente más sabios ni mejores que los muchos. No es tan importante que muchos sean tan buenos como usted, como que haya alguna bondad absoluta en alguna parte, porque ella será la levadura para todo el conjunto¹¹.¹¹ Hay miles de personas que se oponen a la esclavitud y la guerra, pero sin embargo no hacen nada para terminarlas; hay quienes, considerándose hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos, y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; hay quienes, anteponen el asunto del libre comercio al de la libertad y leen

¹¹ “[...] un poco de levadura, leuda toda la masa”, 1 Corintios 5:6.

muy calmados las cotizaciones junto con los últimos informes sobre Méjico, después de la cena, y hasta se quedan dormidos sobre ellos. ¿Cuál es la cotización para un hombre honesto y patriota hoy? Ellos se lo preguntan, tienen remordimientos y hasta redactan un memorial, pero no hacen nada con convicción y efecto. Esperan, muy bien dispuestos, a que otros le pongan remedio al mal, para que ya no les remuerda. Cuando mucho, depositan un voto barato, con un débil patrocinio y deseo de feliz viaje a lo correcto, en cuanto a ellos respecta. Hay novecientos noventa y nueve patronos de la virtud por un hombre virtuoso. Pero es más fácil negociar con el dueño real de alguna cosa que con su guardián temporal.

Toda votación es un tipo de juego como las damas o el bacgammon, con un ligero tinte moral, un jueguito entre lo correcto y lo incorrecto con preguntas morales, acompañado, naturalmente, de apuestas. El carácter de los votantes no entra en juego. Deposito mi voto, por si acaso, pues lo creo correcto, pero no estoy comprometido en forma vital con que esa corrección pre-

valezca. Se lo dejo a la mayoría. La obligación de mi voto, por lo tanto, nunca excede la conveniencia. Aún votar por lo correcto no es hacer nada por ello. Es simplemente expresar bien débilmente ante los demás un deseo de que eso (lo correcto) prevalezca. El hombre sabio no deja el bien a la merced del azar, ni desea que prevalezca por el poder de la mayoría. Hay poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría finalmente vote por la abolición de la esclavitud, será porque ya es indiferente a ella, o por que queda poca esclavitud para ser abolida con su voto. Entonces ellos mismos serán los únicos esclavos. Sólo acelera con su voto la abolición de la esclavitud quien afirma por medio de él su propia libertad.

Me entero de una convención a reunirse en Baltimore¹², o en alguna otra parte, para escoger un candidato a la Presidencia, convención formada principalmente por editores y políticos de

¹² 1848. Asamblea Democrática que nominaba a Lewis Case para Presidente de los Estados Unidos, posteriormente derrotado por Zachary Talor.

profesión; pero me pregunto, ¿qué representa para una persona independiente, inteligente y respetable la decisión que allí se tome? ¿No tenemos, sin embargo, la ventaja de la sabiduría y la honestidad? ¿No contamos con algunos votos independientes? ¿No hay muchas personas en este país que no asisten a convenciones? Pero no: encuentro que el llamado hombre respetable ha sido arrastrado de su posición, y se desespera de su país, cuando su país tiene más razones para desesperarse de él. En el acto, adopta a uno de los candidatos seleccionados, como el único disponible, probando que él mismo está disponible para cualquier propósito del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o nacional a sueldo, que haya sido comprado. ¡Loa al hombre que es hombre!, o, como dice un vecino “es hueso difícil de roer”. Nuestras estadísticas están erradas: la población es presentada exageradamente grande. ¿Cuántos habitantes hay por milla cuadrada en este país? Escasamente uno. Es que los Estados Unidos no ofrecen aliciente para que las gentes se establezcan aquí? El norteamericano

ha degenerado en el Tipo Simpático¹³ conocido por el desarrollo de su órgano de sociabilidad, por la falta manifiesta de intelecto y por una seguridad desenfadada, cuya primera y más importante preocupación al llegar a este mundo, es ver que los hospicios estén en buenas condiciones, y antes de que haya estrenado su atuendo viril, empieza a recolectar fondos para sostener a las viudas y huérfanos que puedan aparecer, y quien, en últimas, se aventura a vivir solo de la ayuda de la Mutual de Seguros, que le ha prometido enterrarlo decentemente.

De hecho, no es obligación de un individuo dedicarse a la erradicación del mal, aún del más enorme; bien puede tener otras inquietudes que lo ocupen. Pero es su obligación al menos lavarse las manos de ese mal, y si no le dedica mayor pen-

¹³ En el original “an Odd Fellow” se refiere a un miembro de la “Independent Order of Odd Fellows”. Esta era, y es, una de las más grandes y antiguas fraternidades de los Estados Unidos. En el siglo XVII, era algo “singular” (odd) encontrar gente organizada bajo el propósito de dar ayuda a los necesitados y de realizar proyectos en beneficio de toda la humanidad; de allí que sus integrantes recibieran el mote de “Odd Fellows”.

samiento, tampoco debe darle su apoyo en la práctica. Si yo me dedico a otras empresas y contemplaciones, debo ante todo ver que no las emprenda montado sobre los hombros de otro. Debo desmontarme primero para que él pueda adelantar sus contemplaciones también. Vean qué gran inconsistencia se tolera. Les he oído decir a algunos de mis paisanos: “Me gustaría que me ordenaran ir a ayudar a extinguir una insurrección de esclavos o a marchar a Méjico, ya vería si voy”. Y, sin embargo, cada uno de ellos ha contribuido, directamente con su obediencia, e indirectamente con su dinero, suministrando un sustituto. El soldado que rehusa servir en una guerra injusta es aplaudido por aquellos que no rehusan sostener al gobierno injusto que hace la guerra; es aplaudido por aquellos cuyos actos y autoridad ese gobierno no tiene en cuenta ni valora en nada. Como si el Estado estuviera tan arrepentido que contratara a uno para que lo azotara mientras peca, pero no para dejar de pecar. Así, bajo el rótulo del Orden y Gobierno Civil se nos hace a todos rendir homenaje y sostener nuestra propia maldad. Después del primer

sonrojo de pecado se pasa a la indiferencia y de lo inmoral se llega a lo amoral, lo que resulta necesario para esa vida que nos hemos forjado. El error más amplio y permanente necesita de la más desinteresada virtud para sostenerse. Los nobles son quienes más comúnmente incurren en el ligero reproche que se le hace a la virtud del patriotismo. Aquellos, quienes a la vez que desaprueban el carácter y las medidas de un gobierno, le entregan su respaldo, son sin duda sus más conscientes soportes y con frecuencia el obstáculo más serio a la reforma.

Algunos le están pidiendo al Estado disolver la Unión para desconocer las solicitudes del Presidente¹⁴. Por qué no la disuelven ellos mismos –la unión entre ellos y el Estado– y se niegan a pagar su cuota al Tesoro? No están ellos en la misma relación con el Estado que éste con la Unión? Y no son las mismas razones que han impedido al Estado oponerse a la Unión las que les impiden a ellos oponerse al Estado? ¿Cómo puede una persona

¹⁴ “No Unión con los Esclavistas” era un slogan de los abolicionistas.

estar satisfecha con sólo mantener una opinión y al mismo tiempo disfrutarlo? ¿Hay alguna satisfacción en ello, si su opinión es la de que está siendo agraviado? Si a usted lo engañan así sea en un solo dólar, usted no queda satisfecho con saber que lo engañaron, con decirlo, ni aún con pedir que se le restituya lo que le pertenece; sino que usted se empeña de manera efectiva en recuperar la suma completa y en ver que no se le vuelva a engañar jamás. La acción por principio, la percepción y el desarrollo de lo correcto, cambian las cosas y las relaciones; es algo esencialmente revolucionario y no concuerda con nada de lo que fue. No solo dividió Estados e Iglesias, divide a las familias; ay!, divide al individuo, separando en él lo diabólico de lo divino.

Existen leyes injustas: ¿debemos estar contentos de cumplirlas, trabajar para enmendarlas, y obedecerlas hasta cuando lo hayamos logrado, o debemos incumplirlas desde el principio? Las personas, bajo un gobierno como el actual, creen por lo general que deben esperar hasta haber convencido a la mayoría para cambiarlas. Creen que si oponen resistencia, el remedio se-

ría peor que la enfermedad. Pero es culpa del gobierno que el remedio sea peor que la enfermedad. Es él quien lo hace peor. ¿Por qué no está más apto para prever y hacer una reforma? ¿Por qué no valora a su minoría sabia? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no estimula a sus ciudadanos a que analicen sus faltas y lo hagan mejor de lo que él lo haría con ellos? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero y declara rebeldes a Washington y a Franklin? Uno pensaría que una negación deliberada y práctica de su autoridad fue la única ofensa jamás contemplada por su gobierno, o si no, por qué no ha asignado un castigo definitivo, proporcionado y apropiado? Si un hombre que no tiene propiedad se niega sólo una vez a rentar nueve chelines al Estado, es puesto en prisión por un término ilimitado por ley que no conoce, y confinado a la discreción de aquellos que lo pusieron allí; pero si le roba noventa veces nueve chelines al Estado, es pronto puesto de nuevo en libertad.

Si la injusticia es parte de la fricción necesaria de la máquina del gobierno, vaya y venga, tal vez la fricción se suavice –cier-

tamente la máquina se desgasta—. Si la injusticia tiene un resorte, una polea, un cable, una manivela exclusivamente para sí, quizá usted pueda considerar si el remedio no es peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que le exige a usted ser el agente de injusticia para otro, entonces yo le digo, incumpla la ley. Deje que su vida sea la contra fricción que pare la máquina. Lo que tengo que hacer es ver, de cualquier forma, que yo no me presto al mal que condeno. En cuanto a adoptar las maneras que el Estado ha entregado para remediar el mal, yo no sé nada de tales maneras. Toman mucho tiempo, y la vida se habrá acabado para entonces. Tengo otras cosas que hacer. Yo vine a este mundo no propiamente a convertirlo en un buen sitio para vivir, sino a vivir en él, ya sea bueno o malo. Una persona no tiene que hacerlo todo, sino algo; y puesto que no puede hacerlo todo, no es necesario que ande haciendo peticiones al gobernador o al legislador más de lo que ellos me las tienen que hacer a mí. ¿Y si ellos no oyen mi petición, qué tengo que hacer? En este caso el Estado no tiene respuesta: su propia Constitución es el mal. Esto puede

parecer fuerte, terco y no conciliatorio, pero es tratar con la mayor amabilidad y consideración al único espíritu que puede agradecerlo o merecerlo. Así que todo es cambio para mejorar, como el nacimiento y la muerte, que convulsionan el cuerpo. No dudo en afirmar que aquellos que se llaman abolicionistas deberían retirar inmediatamente su apoyo personal y económico al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría de uno que les otorgue el derecho de prevalecer. Creo que es suficiente con tener a Dios de su lado, sin esperar a ese otro uno. Más aún, cualquier hombre más correcto que sus vecinos constituye de por sí una mayoría de uno.

Yo me entrevisto con el gobierno americano, o su representante, el gobierno del Estado, directamente, cara a cara, una vez al año –nada más– en la persona de su recaudador de impuestos¹⁵; esta es la única forma en la que una persona de mi posición puede encontrarse con ese Estado. Y entonces él dice bien

¹⁵ Sam Staples, recaudador de impuestos y alguacil de Concord.

claro: Reconózcame; y la manera más sencilla, la más efectiva, en el actual curso de los hechos, la manera indispensable de tratar con él en su cara, de expresarle uno su poca satisfacción y poco amor por él es negarlo. Mi vecino civil, el recaudador, es el hombre de carne y hueso con quien tengo que tratar porque –después de todo– es con hombres y no con papeles con quienes yo peleo, y él ha escogido voluntariamente ser un agente del gobierno. ¿Cómo hará para saber bien lo que él es y lo que tiene que hacer como funcionario del gobierno, o como hombre, cuando se vea obligado a considerar si a mí, su vecino –a quien respeta como buen vecino– me trata como tal, o como a un loco que altera la paz, e igualmente resolver cómo puede sobreponerse a esa obstrucción a la buena voluntad, sin que lo asalten pensamientos más rudos y contundentes, o sin adoptar un vocabulario acorde con su acción? Yo sí lo sé muy bien: si mil, o cien o diez hombres –a quienes puedo nombrar–, si sólo diez hombres honestos –o más–, si un solo hombre honesto, en este Estado de Massachusetts, dejara de tener esclavos, realmente se retirara de

esa cosociedad y fuera encerrado por ello en la cárcel del Condado, eso sería la abolición de la esclavitud en América. Porque lo que importa no es qué tan pequeño pueda ser el comienzo: lo que se hace una vez bien, se hace para siempre. Pero preferimos hablar de ello: a lo que digamos, reducimos nuestra misión. La reforma cuenta con muchos informes periodísticos a su servicio, pero ni con un solo hombre.

Si mi estimado vecino, el embajador del Estado¹⁶, que dedicará sus días a tratar el asunto de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de ser amenazado con las prisiones de Carolina, fuera a sentarse como prisionero de Massachusetts, ese Estado que está tan ansioso por endilgarle el pecado de la esclavitud a su hermana, aunque hasta el momento sólo se ha basado en un acto de inhospitalidad para pelear con ella,

¹⁶ Samuel Hoar (1778-1856) de Concord, enviado de la legislatura a Carolina del Sur, en protesta por el encierro de marinos negros libres, que fuera obligado a regresar. Su hermana fue amiga próxima de los Emerson, y amiga de infancia de Thoreau.

no desestimaría considerar el tema en la legislatura del próximo invierno.

Bajo un gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para un hombre justo está en la cárcel. El lugar apropiado hoy, el único sitio que Massachusetts ha provisto para sus espíritus más libres y menos desalentados está en sus prisiones: está en ser encerrados y excluidos del Estado por acción de éste, así como ellos mismos se han puesto fuera de él, movidos por sus propios principios. Es allí donde los deben encontrar el esclavo fugitivo, el prisionero mejicano puesto en libertad bajo palabra y el indio que vino a interceder por las faltas imputadas a su raza. Es allí, en ese suelo separado, pero más libre y honorable, donde el Estado coloca a los que no están con él, sino en su contra, donde el hombre libre puede habitar con honor. Si alguien piensa que su influjo se pierde allí, y que su voz ya no llega al oído del Estado, que él mismo no es visto como el enemigo dentro de sus muros, no sabe qué tanto la verdad es más fuerte que el error, ni qué tanto puede elocuente y efectivamente combatir la

injusticia quien la ha experimentado en su propia persona. Deposite su voto completo, no sólo una tira de papel, sino todo su influjo. Una minoría es impotente, ni siquiera es una minoría, mientras se amolde a las mayorías; pero se vuelve insostenible cuando obstaculiza con todo su peso. Si la alternativa es mantener a todos los justos presos o renunciar a la esclavitud y la guerra, el Estado no dudará en escoger. Si mil ciudadanos no pagaran sus impuestos este año, esa no sería una medida violenta y sangrienta, como sí lo sería pagarlos, habilitando al Estado para que ejerza violencia y derrame sangre inocente. Esta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica, si es que tal revolución es posible. Si el recaudador, o cualquier otro funcionario –como ya ha sucedido– me pregunta: “y entonces qué hago?”, mi respuesta es: “si usted de verdad quiere hacer algo, renuncie al puesto”. Cuando el súbdito se ha negado a someterse y el funcionario renuncia a su cargo, la revolución se ha logrado. ¿Y no hay también derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia?

Por esta sangre brotan la hombría y la inmortalidad de un ser humano, y esa sangre fluye hacia una muerte eterna. Veo esa sangre fluyendo ahora.

Hasta ahora, he considerado el encarcelamiento del transgresor más que la confiscación de sus bienes –aunque ambos sirven al mismo propósito– porque aquellos que se sostienen en la corrección más pura, y en consecuencia son más peligrosos para el Estado corrupto, generalmente no han dedicado mucho tiempo a acumular propiedades. A ellos, el Estado comparativamente les presta poco servicio, y un pequeño impuesto es costumbre que parezca exorbitante, particularmente si se les obliga a pagarlo con trabajo de sus propias manos. Si hubiese alguien que viviera completamente sin el uso del dinero, el Estado mismo dudaría en exigirselo. Pero el rico –sin hacer comparaciones odiosas– está siempre vendido a la institución que lo hace rico. En estricto sentido, a más dinero menos virtud, porque el dinero se interpone entre la persona y sus objetivos y los obtiene para él; ciertamente, no fue gran virtud obtenerlo. El dinero pone de

lado muchas preguntas que de otra manera la persona se vería obligada a responder, mientras que la nueva pregunta es difícil pero superflua: ¿cómo gastarlo? Así, le han quitado a la persona su piso moral. Las oportunidades de vivir se disminuyen en proporción al aumento de los llamados “medios de subsistencia”. Lo mejor que una persona puede hacer por su cultura cuando es rica, es realizar los esquemas que se propuso cuando era pobre. Cristo respondía a los súbditos de Herodes según su condición. “Mostradme vuestro dinero del tributo”, les decía, y uno sacó un centavo del bolsillo, “si usáis dinero acuñado con la imagen del César, y que él ha hecho corriente y valioso, es decir, sois un hombre del Estado y disfrutáis a gusto de las ventajas del gobierno del César, entonces retribuid con algo de lo que le pertenece cuando él os lo pide. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”¹⁷, y no los dejaba más sabios en cuanto cuál era para cuál, porque ellos no querían saber.

¹⁷ Mateo, 22:19-22.

Cuando yo converso con el más libre de mis vecinos, me doy cuenta de que cualquier cosa que mi interlocutor diga sobre la magnitud y seriedad de un asunto, lo mismo que su preocupación por la tranquilidad pública, me la presenta sujeta a la protección del Gobierno vigente y más bien se espanta de las consecuencias que la desobediencia les pueda acarrear a su propiedad y a sus familias. Por mi parte, no quiero ni pensar que alguna vez dependa de la protección del Estado. Pero si yo niego la autoridad del Estado cuando éste me presenta la cuenta de los impuestos, pronto se llevarán y gastarán mis propiedades y me acorarán a mí y a mis hijos indefinidamente. Esto es doloroso. Esto hace imposible a la persona vivir honestamente y al tiempo con comodidad en lo que a exterioridades respecta. No vale la pena acumular propiedades que de seguro se volverán a ir. Hay que alquilar o invadir cualquier predio, cultivar una pequeña cosecha y comérsela pronto. Hay que vivir dentro de sí mismo y depender de uno mismo, siempre arremangado y listo a arrancar, sin tener muchos asuntos pendientes. Un hombre puede volverse rico en

Turquía, si es en todo aspecto un buen súbdito del gobierno turco. Confucio dijo: “Si un Estado es gobernado por los principios de la razón, la pobreza y la miseria son objeto de vergüenza¹⁸, si el Estado no es gobernado por los principios de la razón, la riqueza y los honores son objeto de vergüenza”. No: hasta cuando se me extienda la protección de Massachusetts hasta un puerto en el Sur, donde mi libertad esté en peligro, o hasta cuando me dedique a aumentar mi patrimonio aquí con industriosidad pacífica, me puedo dar el lujo de rehusar la sumisión a Massachusetts, y a su derecho sobre mi propiedad y mi vida. En todo caso, me sale más barato sufrir el castigo por desobediencia al Estado que obedecer. Me sentiría que yo mismo valdría menos.

Hace unos años, el Estado me llamó a favor de la Iglesia y me conminó a pagar una suma para el mantenimiento de un clérigo, cuyos sermones mi padre escuchaba, pero yo no. “Pago”,

¹⁸ Analectas, 8:13. “Las Analectas” es el tercero de los cuatro libros clásicos de Confucio, o el Lun-Yü, o los comentarios filosóficos; en él se resume de forma dialogada lo esencial de la doctrina de Kung-Tse.

se me dijo, “o será encerrado en la cárcel”. Yo me negué a pagar. Desagraciadamente, otra persona consideró apropiado hacerlo por mí. Yo no entendía por qué el maestro de escuela tenía que pagar impuesto para sostener al cura, y no el cura para sostener al maestro, así yo no fuera maestro del Estado, sino que me sostenía por suscripción propia. Yo no veía por qué el Liceo no podía presentar su cuenta de impuestos y hacer que el Estado respaldara su petición lo mismo que la de la Iglesia. Sin embargo, a petición de los Concejales, fui condescendiente como para hacer la siguiente declaración por escrito: “Sírvanse enterarse de que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad a la cual yo mismo no me haya unido”. El Estado, habiéndose enterado de que yo no quería ser considerado miembro de esa iglesia, nunca me ha vuelto a hacer tal exigencia, aunque decía que tenía que acogerse a su presunción en ese momento. Si hubiese sabido los nombres, me habría retirado de todas las sociedades a las que nunca me inscribí, pero no supe dónde encontrar la lista completa.

Hace seis años que no pago el impuesto de empadronamiento. Me apresaron una vez por eso, por una noche. Y mientras meditaba sobre el grosor de los muros de piedra, de dos o tres pies de ancho, de la puerta de madera y hierro de un pie de espesor, y de las rejas de hierro por las que se colaba la luz, no pude evitar aterrarme de la tontería de aquella institución que me trataba como si yo no fuera más sino carne, sangre y huesos que encerrar. Concluí finalmente que ésta era la mayor utilidad que el Estado podía sacar de mí y que nunca pensó en beneficiarse de alguna manera con mis servicios. Pensé que si había un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había uno mucho más difícil de trepar o atravesar antes de que ellos pudieran llegar a ser tan libres como yo. Nunca me sentí encerrado, y los muros semejabán un gran desperdicio de piedra y argamasa. Sentí que yo era el único de mis conciudadanos que había pagado el impuesto. Ciertamente no sabían cómo tratarme; pero se comportaban como tipos maleducados. En cada amenaza y en cada lisonja se pifiaban, porque creían que lo que yo más quería

era estar del otro lado del muro. Yo no podía sino sonreír de ver con qué laboriosidad cerraban la puerta a mis meditaciones, lo que los dejaba de nuevo sin oposición ni obstáculo, y esas meditaciones eran realmente lo único peligroso que allí había. Como no me podían atrapar, resolvieron castigar mi cuerpo, como niños, que si no pueden llegar a la persona a la que tienen tirria, le maltratan el perro. Observé que el Estado era ingenioso sólo a medias, que era tímido. Como una viuda en medio de su platearía, y que no diferenciaba sus amigos de sus enemigos, y así perdí lo que me quedaba de respeto por él y le tuve lástima.

El Estado, pues, nunca confronta a conciencia la razón de una persona, intelectual o moralmente, sino sólo su cuerpo, sus sentidos. No está equipado con un ingenio superior o una honestidad superior, sino con fuerza superior. Yo no nací para ser forzado. Respiro a mi manera. Ya veremos quien es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene una multitud? Sólo me pueden forzar los que obedecen una ley más alta que yo. Quieren forzarme a que me vuelva como ellos. No escucho a quienes han sido forzados

por las masas a vivir así o asá. ¿Qué vida es ésta? Cuando un gobierno me dice, “la bolsa o la vida”, por qué tengo que correr a darle mi plata? Pueden estar en apuros y no saber qué hacer: lo siento mucho. Ellos verán qué hacen. Que hagan como yo. No vale la pena lloriquear por eso. Yo no soy responsable de que la maquinaria de la sociedad funcione. No soy hijo del ingeniero. Sólo veo que cuando una bellota y una castaña caen juntas, la una no se queda inerte para hacerle campo a la otra, ambas obedecen sus propias leyes y germinan y crecen y florecen lo mejor que pueden, hasta que una, quizás, eclipsa y destruye a la otra. Si una planta no puede vivir de acuerdo a la naturaleza, se muere; lo mismo el hombre.

La noche en la prisión fue novedosa e interesante. Cuando entré, los prisioneros, en mangas de camisa, gozaban de una charla y del aire de la noche. Pero el carcelero dijo: “Vamos muchachos, es hora de encerrarlos”, entonces se dispersaron, y oí el ruido de sus pasos de regreso a la vacuidad de sus compartimientos. El carcelero me presentó a mi compañero como “un

tipo de primera y un hombre inteligente". Cuando cerraron la puerta, me indicó dónde colgar mi sombrero y me contó cómo arreglaba sus asuntos allí. Los cuartos eran blanqueados una vez al mes, y éste, al menos, era el más blanco; el amoblado de forma muy sencilla y seguramente el más pulcro del pueblo. Naturalmente quería saber de dónde venía yo, qué me había traído. Cuando le hube contado, yo también le pregunté por qué estaba allí, bajo la presunción de que era un hombre honesto, y claro que lo era. "Bien", dijo, "me acusan de quemar un granero, pero nunca lo hice". Por lo que pude descubrir, él probablemente se había acostado borracho, fumando pipa, y el granero se incendió. Gozaba de la reputación de ser inteligente; había estado allí cerca de tres meses esperando el juicio, y tendría que esperar otro tanto, pero estaba domesticado y contento, puesto que recibía alimentación gratis y se consideraba bien tratado. Él miraba por una ventana y yo por la otra. Observé que si uno se quedaba allí por largo tiempo su actividad central se reducía a mirar por la ventana. Pronto leí todas las huellas que allí quedaban y

examiné por donde se habían escapado los antiguos prisioneros, donde habían segueteado una reja y oí la historia de varios inquilinos de aquella celda; descubrí que aún allí había historias y habladurías que nunca circulaban más allá de los muros de la prisión. Seguramente ésta es la única casa del pueblo donde se escriben versos, que luego se imprimen en hojas que no se publican. Pude ver una larga lista de jóvenes que habían intentado escapar, quienes se vengaron cantando sus versos.

Yo le sonsaqué a mi compañero todo lo que pude, movido por el temor de no volver a verlo; luego me indicó cuál era mi cama y me dejó apagar la vela.

Tendido allí por una noche fue como viajar a un país remoto que nunca había esperado visitar. Me pareció que no había escuchado antes el llamado de las campanas del reloj del pueblo ni el sonido nocturno de la aldea, puesto que dormíamos con las ventanas abiertas, que daban a la parte interna de las rejas. Fue ver mi pueblo natal a la luz del Medioevo y nuestro Concord convertido en un Rin, que pasaba con sus caballos

y castillos. Oí las voces de antiguos burgueses por las calles. Fui el espectador y oyente involuntario de todo lo dicho y hecho en la posada vecina: una nueva y extraña experiencia. Fue una visión más cercana de mi pueblo. Me metí dentro. Nunca antes había visto sus instituciones. Ésta es una de sus instituciones características porque éste es un Condado. Empecé a comprender lo que son sus habitantes.

Por la mañana, nos pasaron el desayuno por un hueco de la puerta por donde cabían jarros de lata y una cuchara metálica. Cuando vinieron por los platos, fui tan bicho como para devolver el pan que había dejado, pero mi camarada lo agarró y dijo que debía reservarlo para el almuerzo o la comida. Pronto lo dejaron salir a segar heno en un campo vecino, a donde iba todos los días sin regresar hasta el medio día; así que me dijo adiós y que dudaba de que me volviera a ver.

Cuando salí de prisión –porque alguien se atravesó y pagó el impuesto– no percibí que hubiera habido grandes cambios en el exterior, como los que encuentra el que entra joven y sale vie-

jo; y sin embargo, un cambio se presentó ante mis ojos: el pueblo, el Estado, el país eran más grandes de lo que el mero tiempo podía afectarlos. Vi más claro el Estado en el que vivía. Vi hasta qué punto se podía tener como buenos amigos y vecinos a las personas entre quienes había vivido. Su amistad era ante todo para los buenos tiempos. Vi que básicamente no se proponían hacer el bien, que eran de otra raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones . Como los chinos y los malayos, que en sus sacrificios por la humanidad no se arriesgan ni siquiera en sus propiedades. Vi que, después de todo, no eran tan nobles, sino que trataban al ladrón como éste los había tratado, y confiaban que por cierto cumplimiento externo y algunas oraciones, y por seguir una senda particularmente derecha e inútil salvarían sus almas. Puede que esto sea juzgarlos un tanto duro, pero muchos de ellos ni siquiera son conscientes de que en su pueblo exista una institución como la cárcel.

Una antigua costumbre del pueblo, cuando el deudor pobre salía de la cárcel, era ir a saludarlo, mirándolo por entre los

dedos, que representaban los barrotes de la cárcel; “¿Cómo le va?”. Mis vecinos no me dieron ese saludo; sólo me miraban y luego se miraban, como si yo hubiera vuelto de un largo viaje. A mí me tomaron prisionero mientras iba donde el zapatero a recoger un zapato remontado. Cuando me soltaron por la mañana procedí a terminar el mandado y después de ponerme el zapato me uní a un grupo de recogedores de arándano, que se mostraron impacientes por ponerse bajo mi conducción. El caballo pronto fue bien cargado y en media hora estuvimos en medio de un campo de arándanos en lo alto de una colina, a dos millas de distancia, y el Estado ya no se veía por ninguna parte.

Esta es la historia completa de “Mis Prisiones”¹⁹.

Nunca me he negado a pagar el impuesto de rodamiento, porque quiero ser tan buen vecino como mal súbdito, y en cuanto a subvencionar escuelas, aquí estoy dando mi contribución

¹⁹ Referencia a la traducción inglesa (1833) de *Le Mie Prigioni* de Silvio Pellico (1789-1854), donde el autor narra sus 8 años de prisión política.

para educar a mis compatriotas. No es por un punto en especial de la cuenta de impuestos que me niego a pagarla. Simplemente deseo rehusar la sumisión al Estado, retirarme y permanecer retirado de manera efectiva. No me interesa seguirle la pista a mi dólar, si puedo, hasta que ese dólar le compre un rifle a un hombre para que le dispare a otro – el dólar es inocente– pero sí me interesa seguirle la pista a los efectos de mi sumisión.

De hecho, le declaro la guerra al Estado, a mi manera, aunque lo utilice y me aproveche de él en cuanto pueda, como es usual en tales casos.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan el impuesto que a mí me piden, hacen lo mismo que cuando pagaron el suyo, es decir, apoyan la injusticia más de lo que el Estado les exige. Si pagan el impuesto por una solidaridad equivocada con la persona a la que se le ha cobrado, para salvarle sus propiedades o evitarle que termine en la cárcel, es porque no han medido con inteligencia hasta dónde dejan interferir sus sentimientos personales con el bien público.

Esta es mi posición en el momento. Pero uno no puede estar demasiado a la defensiva en este caso, no sea que sus acciones se parcialicen por la obstinación o la demasiada preocupación por la opinión de los demás. Hay que dejar a cada quien hacer sólo lo que le pertenece a él y a su momento.

A veces me digo, bueno, esta gente es bien intencionada, sólo son ignorantes, obrarían mejor si supieran cómo; ¿por qué poner a los vecinos en la dificultad de tratarlo a uno en una forma en que no están inclinados a hacerlo? Pero recapacito: esa no es razón para que yo actúe como ellos o permita que otros sufran un dolor mayor y diferente. Y luego, vuelvo y me digo, cuando millones de hombres, sin agresividad, sin mala intención, sin sentimientos personales de ningún tipo, piden solo unas monedas, sin la posibilidad, tal es su manera de ser, de retractarse o alterar su exigencia, y sin la posibilidad, por parte de quien recibe la petición, de apelar a otros millones de personas, ¿por qué exponerse a esta fuerza bruta sobrecogedora? No nos oponemos al frío y al hambre, a los vientos y a las olas con tanta obstinación.

Nos entregamos sumisos a mil necesidades similares. Usted no pone las manos al fuego. Pero también en la medida en que yo no veo esto como una fuerza bruta total sino como una fuerza humana en parte, y considero que yo tengo que ver con esos millones como lo tengo con millones de hombres, y no como brutos o cosas inanimadas, veo que esa apelación es posible, en primer lugar y de forma instantánea, de ellos a su Creador y, en segundo lugar, de ellos a sí mismos. Pero si deliberadamente pongo las manos al fuego, no hay apelación al fuego, ni al Creador del fuego, y sólo yo tengo que culparme por ello. Si pudiera convencerme de que tengo algún derecho a estar satisfecho con los hombres como son, y tratarlos de acuerdo a eso, y no según mis expectativas y exigencias de lo que ellos y yo debemos ser, entonces, como un musulmán y fatalista, trabajaría por conformarme con las cosas tal y como están, y con decir que eso es la voluntad de Dios. Y, sobre todo, está la diferencia entre oponerse a esto o a una fuerza bruta y natural, y es que yo puedo oponer-

me a esto con algún efecto, pero no puedo esperar como Orfeo²⁰ cambiar la naturaleza de las rocas, los árboles o las bestias.

No deseo pelear con ningún hombre o nación. No quiero pararme en pelos, hacer diferencias sutiles, o creerme mejor que los demás. Hasta busco, podría decir, casi una excusa para ajustarme a las leyes de la tierra. Estoy más que listo para amoldarme a ellas. Ciertamente tengo razones para catalogarme de este modo; y cada año, cuando el recaudador llega, estoy dispuesto a revisar las actas y la posición de los gobiernos nacional y federal, y el espíritu de la gente para aceptar el conformismo.

“Tenemos que querer a nuestro país como a nuestros padres. Debemos respetar los efectos y enseñar al alma asuntos de conciencia y religión, y no el deseo de dominio o beneficio²¹”.

Creo que el Estado pronto podrá quitarme esta carga de encima y entonces ya no seré mejor patriota que mis conciuda-

²⁰ Personaje de la mitología griega, capaz de encantar rocas, árboles y bestias con su música.

²¹ George Peele (1557?-1597?), *Batalla de Alcázar*.

danos. Vista desde un mirador más bajo, la Constitución, con todas sus faltas, es muy buena; la ley y las Cortes muy respetables; aún este Estado y este gobierno americano son, en muchos aspectos admirables; y hay algunas cosas, que tantos otros han descrito, por las que agradecer; pero analizadas desde una perspectiva superior y aún desde la más alta, ¿quién dice lo que son o que vale la pena considerarlas o siquiera pensarlas?

Con todo, el gobierno no me preocupa mucho, y pienso en él lo menos que puedo. No es mucho el tiempo que vivo bajo el gobierno, aún en este mundo. Si un hombre piensa libremente, sueña, imagina libremente, nunca estará por mucho tiempo de acuerdo con lo que no es como con lo que es, así que no puede ser interrumpido por gobernantes o reformadores obtusos.

Sé que muchas personas no piensan como yo, pero aquellos cuyas vidas, por obra de su profesión, están dedicadas al estudio de materias afines no me satisfacen casi en nada. Estadistas y legisladores, que están siempre de acuerdo dentro de la institución, nunca la ven clara y desnuda. Hablan de la sociedad en

movimiento, pero no tienen lugar de descanso sin ella. Pueden ser hombres de cierta experiencia y discernimiento, y sin duda han inventado sistemas ingeniosos y útiles, que les agradecemos, pero todo su ingenio y utilidad reposa en límites estrechos. Olvidan que el mundo no está gobernado por los programas y la ventaja personal. Webster nunca se le enfrenta al gobierno, así que no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras son sabiduría para aquellos legisladores que no contemplan reformas esenciales en el gobierno actual; pero para los pensadores y para aquellos que legislan para todo tiempo, Webster no acierta una. Conozco a aquellos cuya serena y sabia especulación sobre este tema pronto les hará ver la estrechez del pensamiento y el pupillage de Webster.

Con todo, comparado con los ordinarios alcances de muchos reformadores, y la aún más ordinaria sabiduría y elocuencia de los políticos en general, las de Webster son las casi únicas palabras razonables y valiosas, y le agradecemos al Cielo por él. Comparativamente, es siempre fuerte, original y sobre todo,

práctico. Sin embargo, su cualidad no es la sabiduría sino la prudencia. La verdad de los abogados no es la Verdad, sino la consistencia o una conveniencia consistente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y no está interesada en revelar la justicia que pueda concordar con el mal obrar. Webster merece ser llamado, como lo ha sido, el Defensor de la Constitución. No se le pueden dar otros golpes distintos a los defensivos. No es un líder sino un seguidor. Sus líderes son los hombres de 1787²². “Yo nunca he hecho un esfuerzo –dice– y nunca propongo hacer un esfuerzo, nunca he apoyado un esfuerzo y no tengo intención de apoyarlo para interferir el acuerdo inicial por el cual los diversos estados formaron la Unión”, y respecto de la aprobación que la Constitución otorgó a la esclavitud: “Puesto que era parte del paquete inicial... déjenla ahí”²³. A pesar de su agudeza y capacidad, Webster es incapaz de aislar un hecho de sus

²² Redactores de la Constitución Norteamericana de 1787.

²³ Danial Webster (1782-1852), de una disertación en el Senado de los Estados Unidos.

meras relaciones políticas, y verlo como se le presenta al intelecto –por ejemplo, qué incumbe a un hombre hacer aquí en América hoy respecto de la esclavitud– sino que se aventura, o es llevado a dar una respuesta desesperada a lo siguiente, pretendiendo hablar de forma absoluta y como individuo particular, de lo cual qué nuevo y singular se puede sacar a favor de la obligación social? “La forma –dice– como los gobiernos de los Estados donde existe la esclavitud la regulen, está a su propia consideración, bajo la responsabilidad de sus constituyentes, según las leyes generales de la propiedad, humanidad y justicia y según Dios. Las asociaciones formadas en otra parte, salidas de sentimientos humanitarios, o por cualquier otra causa, no tienen nada que ver con ello. Nunca han recibido motivación de parte mía, y nunca la tendrán.” (Estos apartes han sido insertados, puesto que la conferencia fue leída. H.D.T.)

Aquellos que no conocen una fuente más pura de verdad, que no han buscado el manantial más arriba, se apoyan, y lo hacen sabiamente, en la Biblia y en la Constitución, y beben de

ellas con reverencia y humanidad; pero aquellos que observan de dónde esa verdad vierte gota a gota a este lago o a aquel estanque se amarran los calzones y siguen su peregrinaje hacia el nacedero.

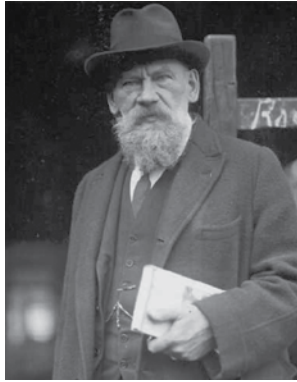
No ha aparecido en América el genio legislador. Son raros en la historia del mundo. Hay oradores, políticos, y hombres elocuentes por miles; pero aún no ha abierto la boca el que tiene que formular las preguntas más molestas. Nos gusta la elocuencia en sí misma y no por la verdad que contenga o por cualquier acto heroico que inspire. Nuestros legisladores no han aprendido todavía el valor comparativo del libre cambio y la libertad, la unión y la rectitud hacia la nación. No tienen genio ni talento para hacerse preguntas humildes sobre impuestos y finanzas, comercio, manufactura y agricultura. Si se nos dejara sólo a la ingeniosa oratoria de nuestros legisladores del Congreso para guiarnos, sin la corrección de la experiencia niveladora y las quejas efectivas del pueblo, América no podría mantener su rango entre las naciones. Mil ochocientos años, aunque quizás yo no

tenga derecho a decirlo, lleva escrito el Nuevo Testamento; y sin embargo, dónde está el legislador que tiene la sabiduría y el talento práctico para valerse de la luz que aquel irradia sobre la ciencia de la legislación.

La autoridad del gobierno –porque yo gustosamente obedeceré a aquellos que pueden actuar mejor que yo, y en muchas cosas hasta a aquellos que ni saben ni pueden actuar tan bien– es una autoridad impura: porque para ser estrictamente justa tiene que ser aprobada por el gobernado. No puede tener derecho absoluto sobre mi persona y propiedad sino en cuanto yo se lo conceda. El paso de la monarquía absoluta a una limitada, de la monarquía limitada a la democracia, es el progreso hacia el verdadero respeto al individuo. Hasta el filósofo chino²⁴ fue lo suficientemente sabio para ver en el individuo la base del imperio. ¿Es la democracia que conocemos la última mejora posible de gobierno? ¿No es posible adelantar un paso en el reconocimien-

²⁴ Se refiere probablemente a Confucio (551-479 a.C.)

to y la organización de los derechos del hombre? Jamás existirá un Estado realmente libre e iluminado hasta cuando ese Estado reconozca al individuo como un poder más alto e independiente, del cual se deriva su propio poder y autoridad y lo trate de acuerdo a ello. Me complace imaginar un Estado que finalmente pueda darse el lujo de ser justo con todos, y que trate al individuo con respeto; más aún, que no llegue a pensar que es inconsistente con su propia tranquilidad si unos cuantos viven separados de él, no mezclándose con él, sin abrazarlo, pero cumpliendo con su obligación de vecinos y compañeros. Un Estado que produjera este fruto y lo entregase tan pronto estuviese maduro abriría el camino para otro Estado, aun más perfecto y glorioso, que yo he soñado también, pero que aún no he visto por ninguna parte.



El poder de la insumisión

León Tolstoi

Tomado de:

http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/tolstoi_insumision.htm

LA CONCEPCIÓN MORAL DE LA VIDA consiste, sabido es, en que el sentido de la vida es transportado de la personalidad al grupo en sus diversos grados: familia, tribu, raza, Estado. Según esta concepción, resulta que como el sentido de la vida reside en la agrupación de las personalidades, estas personalidades sacrifican voluntariamente sus intereses a los del grupo [...] Pero, cuanto las sociedades llegaban a ser complicadas, cuanto más grandes se hacían, cuanto más se afirmaba la tendencia de las personalidades a perseguir su interés personal en detrimento del interés general;

más entonces el Poder debía recurrir a la violencia para dominar a esas personalidades rebeldes. Los defensores de la concepción social tratan de ordinario de confundir la noción del Poder, es decir la violencia, con la noción de la influencia moral, pero esta confusión es prácticamente imposible. La influencia moral obra sobre los deseos mismos del hombre y los modifica en el sentido que se le exige. El hombre que sufre la influencia moral obra según sus deseos. Mientras que el Poder, en el sentido corriente de la palabra, es un medio de obligar al hombre a obrar contrariamente a sus deseos [...] El pago de los impuestos, el cumplimiento de los deberes sociales, la sumisión a los castigos, cosas todas que parecen voluntarias, tienen siempre en el fondo el temor de una violencia.

La base del poder es la violencia física y la posibilidad de hacer sufrir a los hombres; una violencia física es debida sobre todo a individuos mal organizados, de tal modo que obran de acuerdo aunque sometidos a una sola voluntad. Estas uniones de individuos armados que obedecen a una voluntad única forman el ejército. El Poder se encuentra siempre en manos de

los que mandan el ejército, y siempre todos los jefes del Poder, desde los césares romanos hasta los emperadores rusos y alemanes, se preocupaban del ejército más que de cualquier otra cosa, y no favorecen si no a él, sabiendo que si está con ellos, el Poder les está asegurado. Esta composición y esta fuerza del ejército, necesarias a la garantía del Poder, son las que han introducido en la concepción social de la vida el germen desmoralizador.

El fin del Poder y su razón de ser están en la limitación de la libertad de los hombres que querrían poner sus intereses personales por encima de los intereses de la sociedad. Pero, sea el Poder adquirido mediante el ejército, por herencia o elección, los hombres que lo poseen no se distinguen en nada de los demás hombres y, como ellos, son impelidos a no subordinar su interés al interés general; al contrario, cualquiera que sean los medios empleados, no se ha podido hasta el presente, realizar el ideal de no confiar en el Poder sino a hombres infalibles, o solamente de arrebatar a los que lo detentan la posibilidad de subordinar a los suyos los intereses de la sociedad.

Todos los procedimientos conocidos, el derecho divino, la elección, la herencia, dan los mismos resultados negativos. Todo el mundo sabe que ninguno de esos procedimientos es capaz de asegurar la transmisión del poder sólo a los infalibles, o aun de impedir el abuso de poder. Todo el mundo sabe que, al contrario, los que lo poseen (sean los soberanos, gobernadores, ministros o agentes de policía) son siempre, porque tienen el Poder, más inclinados a la inmoralidad, es decir a subordinar los intereses generales a sus intereses particulares, que los que no tienen el Poder. Eso, por lo demás, no puede ser de otro modo.

La concepción social no podía justificarse sino en tanto que las personas sacrificaban voluntariamente su interés a los intereses generales; pero tan pronto como hubo entre ellos quienes no sacrificaban voluntariamente su poder, se sintió la necesidad del Poder, es decir, de la violencia, para limitar su libertad, y entonces ha penetrado en la concepción social y en la organización que de ella resulta el germen desmoralizador del Poder, es decir, de la violencia de unos sobre otros.

Para que la dominación de unos sobre otros alcance su fin, para que pudiese limitar la libertad de los que hacen pasar sus intereses privados antes que los de la sociedad, el Poder hubiera debido encontrarse en manos de personas infalibles [...] Pero como eso no existe, como, al contrario, las personas que tienen el poder están siempre muy lejos de ser santas, precisamente porque tienen el Poder, la organización social basada en la autoridad no puede ser justificada.

La insumisión

Si los ejércitos se enumeran hoy por millones de hombres, no es solamente porque cada Estado ha sido amenazado por sus vecinos, sino sobre todo porque le ha sido preciso reprimir las tentativas de rebeliones interiores. Lo uno fue el resultado de lo otro: el despotismo de los gobiernos aumenta con su fuerza y sus éxitos exteriores, y sus disposiciones agresivas aumentan con su despotismo interior [...] El servicio militar es última expresión de la innata contradicción social manifiesta súbitamente cuando

la violencia es requerida [...] Los gobiernos pretendieron haber situado al ser humano fuera del amparo de la cruel lucha personal, dándole confianza en la inviolable estructura de la vida estatal. Pero en vez de esto, el Estado impone a los individuos una constante de parecidos riesgos, con la diferencia de que en vez de la lucha entre individuos del mismo grupo la lucha es ahora entre unos grupos y otros grupos.

Los gobiernos alegan que los ejércitos son primordialmente requeridos para la defensa exterior, pero esto no es exacto. Ellos son empleados, en primer lugar, para intimidar a sus propios súbditos; y toda persona que cede a la conscripción militar se convierte en participante voluntario en todos los actos opresores del gobierno contra los ciudadanos. Es necesario señalar cuánto realiza el Estado en favor del orden y el bienestar de la comunidad (todo ello reforzado por la autoridad militar) para convencerse de que todo hombre que cumple el deber militar se convierte en cómplice del Estado aunque no quiera aceptarlo. Todo feudo dinástico o político; las ejecuciones que se realizan en estos feudos;

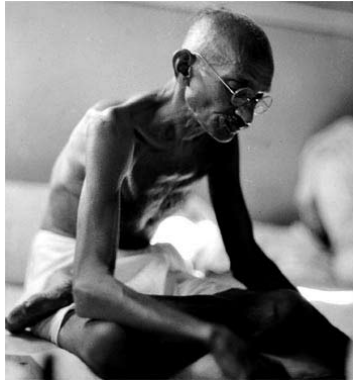
la represión de las rebeliones, el concurso militar en la dispersión de manifestaciones populares; en reprimir las huelgas; todas las extorsiones en materia de impuestos; la injusticia sobre el monopolio de la sociedad agrícola; las trabas por la libertad del trabajo; todo esto se realiza, si no directamente por la tropa, si por la policía respaldada por la tropa.

Cualquiera que cumpla su deber militar se convierte en partícipe de todos estos actos, los cuales a menudo suscitan reparos y en la mayoría de los casos contradicen directamente la conciencia. Los hombres no deben abandonar la tierra que han cultivado durante generaciones; no tienen por que dispersarse por orden del gobierno; no deben pagar impuestos abusivos. Tampoco deben someterse voluntariamente a las leyes que no han contribuido a crear; tampoco deben desistir de su nacionalidad. De consentir en el deber militar tendrán que acatar la orden de golpear a los rebeldes. Sin embargo, no deben secundar estos procedimientos sin preguntarse a sí mismos si esto procedimientos son o no justos. ¿Debo contribuir a todo esto?

[...] Por tanto todo hombre que reflexione sobre la necesidad del Estado a cuyo nombre es requerido a sacrificar su paz, su seguridad, su vida, tiene que llegar a la conclusión de que no existe ningún fundamento razonable para tales sacrificios. Incluso analizando el problema teóricamente, el hombre se da cuenta de que los sacrificios que le solicita el Estado carecen de razón de peso, si se considera el asunto desde el punto de vista práctico, sopesando las diferentes condiciones en que ha sido planteado por el Estado y su propia sujeción a la conscripción militar indubitablemente y, en todo caso menos ventajosas para él que si rehusara a cumplirlas [...] La desventaja especial para el miembro de la clase trabajadora que no ha rehusado el servicio militar consiste en que, al empezar el servicio, su participación y su tácito consentimiento confirma la opresión a que se encuentra sometido.

Pero la cuestión concerniente al Estado, tanto si su continua existencia fuese necesaria o fuera más sensato optar por la abolición, no puede ser discutida en su inutilidad por las personas requeridas a soportarlo tomando parte en el servicio militar,

y menos aun sopesando comparativamente las ventajas y desventajas de la sumisión o insumisión por el individuo mismo. Ha sido decidido irrevocablemente por la conciencia religiosa, por la conciencia de cada individuo, para los cuales, incuestionablemente, la conscripción militar representa una cuestión de la necesidad o no del Estado.



El *ahimsâ* o el camino de la no-violencia

Mohandas Gandhi

Tomado de:

http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/no-violencia/aimsha_ghandi.htm#amor

UNA SERIE DE EXPERIENCIAS a lo largo de los treinta últimos años (de ellos, los ocho primeros en África del Sur) me ha confirmado que el porvenir de la India y del mundo depende de la adopción de la no-violencia. Es el medio más inofensivo y el más eficaz para hacer valer los derechos políticos y económicos de toda la gente que se encuentra oprimida y explotada. La no-violencia no es una virtud monacal destinada a procurar la paz interior, sino una regla de conducta necesaria para vivir en sociedad, que asegura el respeto a la dignidad humana y permite que progrese la causa de la

paz, según los anhelos más fervientes de la humanidad. La primera exigencia de no-violencia consiste en respetar la justicia alrededor de nosotros y en todos los terrenos. No se puede ser no-violento de verdad y permanecer pasivo ante las injusticias sociales.

La no-violencia no consiste en “abstenerse de todo combate real contra la maldad”, por el contrario, veo en la no-violencia una forma de lucha más enérgica y más auténtica que la simple ley del talión, que acaba multiplicando por dos la maldad. Contra todo lo que es inmoral, pienso recurrir a armas morales y espirituales. No deseo embotar el filo del arma que me presenta el tirano, utilizando un tajo más cortante todavía que el suyo; procuraré apagar la mecha del conflicto sin ofrecer ninguna resistencia de orden físico. Mi adversario tiene que quedar sujeto por la fuerza del alma. Al principio quedará desconcertado; luego tendrá que admitir que esta resistencia espiritual es invencible. Si se pone de acuerdo, en vez de sentirse humillada, saldrá de ese combate más noble que antes. Podría objetarse que es una solución ideal. Estoy totalmente de acuerdo.

La no-violencia es la fuerza más grande que la humanidad tiene a su disposición. Es más poderosa que el arma más destructiva inventada por el ser humano. La destrucción no corresponde ni mucho menos a la ley de los Hombres. Vivir libre es estar dispuesto a morir, es preciso a manos del prójimo, pero nunca a darle la muerte. Sea cual fuere el motivo, todo homicidio y todo atentado contra la persona es un crimen contra la humanidad.

Ninguna institución puede hacer obligatoria la no-violencia, como tampoco es posible consignar los principios de la verdad en una constitución escrita. Nos toca a cada una de nosotras adoptarlas con toda libertad. Lo mismo que los vestidos, tienen que venirnos a medida, si no queremos caer en contradicciones sin fin.

La humanidad no puede librarse de la violencia más que por medio de la no-violencia

La resistencia pasiva es un método que permite defender todo derecho que se encuentre amenazado, haciendo caer sobre sí mismo los sufrimientos que se pueden derivar. Pasa lo contrario con la re-

sistencia armada. Cuando me niego a hacer una cosa que me repugna a mi conciencia apelo a las fuerzas del alma. Supongamos que el gobierno implanta una ley que me toca en algunos de mis intereses. Si recorro a la violencia para hacer abrogar la ley, empleo lo que puede llamarse la fuerza del cuerpo. Por el contrario, si no obedezco la ley a costa de incurrir en las sanciones previstas, utilizo la fuerza del alma; y esto supone un sacrificio para mí mismo. La desobediencia, para que sea civil, tiene que ser sincera, respetuosa, mesurada y exenta de todo recelo. Tiene que apoyarse en principios muy sólidos, no verse nunca sometida a caprichos y sobre todo, no dejar que la dicte nunca el odio o el rencor.

Todo el mundo admite que sacrificarse a sí mismo es infinitamente más noble que sacrificar a los demás. Cuando se utiliza esta fuerza para luchar contra la injusticia tiene la ventaja de no hacer sufrir más que a aquel que la emplea. Si entretanto se comete algún error, los otros no tienen porque padecerlo. Desde siempre las personas han emprendido cosas que luego se han visto que eran errores. Nadie puede asegurar con certe-

za que está en su derecho y que todo los demás es falso por ir en contra de su opinión. Por el contrario, es indispensable que uno se abstenga de hacer lo que considera injusto, sea cuales fueren las consecuencias; este primer paso es la llave que permite utilizar la fuerza del alma.

El adepto de la *ahimsâ* no puede hacer suya la fórmula utilitaria según la cual el mayor bien es lo que más conviene a la mayoría. Dispuesto a sacrificar la vida por su ideal, luchara para que todos y todas sin excepción, puedan conocer el bien más elevado. En caso necesario, deberá aceptar el sacrificio de su vida por salvar las de los demás. Si todas las personas pueden gozar de los derechos más importantes, se sigue que allí está también incluida la mayoría y, es este sentido, hasta cierto punto, los defensores de esta forma utilitaria están junto a los no-violentos; pero pronto se separarán los caminos y se dirigirán en sentidos opuestos. En efecto, sólo el no-violento estará dispuesto a sacrificarse; los seguidores de la moral utilitaria no tienen ninguna razón para hacerlo.

La resistencia pasiva es una espada de múltiples virtudes. Se la puede utilizar de diferentes maneras. Atrae las bendiciones sobre aquel que las usa y sobre aquel contra quien se emplea. Sin derramar una sola gota de sangre, obtiene resultados extraordinarios. Es una arma que nunca se oxida y que no se puede robar. En este mundo no se ha hecho nada que no se deba a la acción. Rechazo la expresión “resistencia pasiva”, porque, no traduce por completo la realidad y podría verse en ella el arma de los débiles. A mi juicio la no-violencia no tiene nada de pasivo. Por el contrario, es la fuerza más activa de mundo... Es la ley suprema. No he encontrado ninguna situación que me haya desconcertado por completo en términos de no-violencia. Siempre he llegado a tiempo algún remedio.

El fin y los medios son términos convertibles entre sí

Se oye decir: “Los medios, después de todo, no son más que medios”. Yo diría más bien: “En definitiva, todo reside en los me-

dios". El fin vale lo que valen los medios. No hay tabique alguno entre esas dos categorías. De hecho, el Creador no nos permite intervenir más que en la elección de los medios. Sólo él decide el fin. Y solamente el análisis de los medios es lo que permite decir si se ha alcanzado el éxito en la consecución del fin.

Vuestra mayor equivocación es la de creer que no hay ninguna relación entre el fin y los medios. Esa equivocación ha hecho cometer crímenes innumerables a personas que eran consideradas como religiosas. Es como si pretendieseis que de una mala hierba puede brotar una rosa. Según una máxima digna de consideración "el discípulo toma como modelo al Dios que adora". Se ha trastocado el sentido de estas palabras y se ha caído en el error. Los medios son como la semilla y el fin como el árbol. Entre el fin y los medios hay una relación tan ineludible como entre el árbol y la semilla. Se recoge exactamente lo que se siembra.

No admito el más mínimo recurso a la violencia para alcanzar el éxito... A pesar de toda mi simpatía y de toda mi admi-

ración por la nobleza de ciertas causas, estoy completamente en contra de que se las defiendan por métodos violentos. Por consiguiente no puede haber ningún acuerdo posible entre la escuela de la violencia y mis concepciones. Sin embargo, mi fe en la no-violencia no solo no me prohíbe, sino que incluso puede imponerme que me asocie con los anarquistas y con todos los que son partidarios de la violencia. Pero cuando camino a su lado, es sólo para hacerles reflexionar a lo que me parece que es su error. Pues la experiencia me ha demostrado que un bien duradero no puede venir jamás de la mentira o de la violencia. Si, al fomentar estas ideas corro el peligro de caer en una ingenua ilusión, es preciso reconocer de que se trata de una ilusión fascinante.

Sólo el amor es capaz de vencer al odio

La no-violencia no consiste en amar a los que nos aman. La no-violencia comienza a partir del instante en que amamos a los que nos odian. Conozco perfectamente las dificultades de ese gran mandamiento del amor. ¿Pero no pasa lo mismo con todas

las cosas grandes y buenas? Lo más difícil de todo es amar a los enemigos. Pero, si queremos realmente llegar a ello, la gracia de Dios vendrá a ayudarnos a superar los obstáculos más temibles. Nuestro mundo no reposa en una estructura social no-violenta. Por doquier se ve a hombres defender sus posesiones empleando medios de naturaleza coercitiva; pero sin ellos, solamente hubieran podido vivir los individuos más feroces. Afortunadamente, también existen vínculos de amor, como puede comprobarse en las familias e incluso en las comunidades que se llaman naciones. Lo que pasa es que no se reconoce la supremacía de la no-violencia.

He procurado que tenga nuevamente en mi país la antigua ley del sacrificio en sí mismo, pues el *Satyagräha* y sus dos prolongaciones, la no-colaboración y la resistencia civil, no son más que palabras nuevas para traducir las ideas de sufrimiento y de renuncia: los *rishis*, que descubrieron la no-violencia en medio de la violencia, fueron genios superiores a Newton. Eran incluso mayores guerreros que Wellington. Tras aprender a servirse de

las armas, comprendieron que era inútil recurrir a ellas y supieron enseñar a unos hombres ahítos de violencia que la salvación del mundo sólo podía venir de la no-violencia. Jesucristo, Daniel, Sócrates, están entre los representantes más auténticos de esta resistencia pasiva que procede de la fuerza del alma. Todos estos maestros consideran el cuerpo como algo despreciable en comparación con el alma. Entre los modernos, Tolstoi es el teórico mejor y más brillante de esta doctrina; pero no se contentó con exponer sus principios, sino que acomodó a ellos su vida de cada día. En la India, la doctrina ha sido elaborada y practicada mucho tiempo antes de que tuviera éxito en Europa. Es fácil ver como la fuerza espiritual es infinitamente superior a la fuerza física. Si se recurre a la fuerza del alma para reparar las injusticias, se evitarán muchos males actuales.

Sin ningún temor, Buda, emprendió la lucha contra sus enemigos y logró que capitulara un clero arrogante. Cristo echó del templo a los mercaderes y maldijo a los hipócritas y fariseos. Aquellos dos grandes maestros eran partidarios de una acción

directa y enérgica. Pero, al mismo tiempo, mostraron una bondad y amor indiscutibles en cada uno de sus actos. No habrían levantado un solo dedo contra sus enemigos, prefiriendo mil veces morir antes que traicionar la verdad que vinieron a transmitir. Buda habría muerto luchando contra los sacerdotes si la grandeza de su amor no se hubiera revelado igual a sus esfuerzos por reformar al clero. Cristo murió en la cruz, coronado de espinas, desafiando el poder de todo un imperio. Si yo, a mi vez, opongo una resistencia de naturaleza no-violenta, no hago más que seguir las huellas de esos grandes maestros.

En la persona de Thoreau los americanos me dieron un maestro. Su ensayo sobre *El deber de la desobediencia civil* me proporcionó una confirmación científica de las razones de mi acción en África del Sur. La Gran Bretaña me dio a Ruskin. En un solo día su libro *Unto this last* hizo del abogado y ciudadano que era yo un campesino, cuya finca se encontraba a cinco kilómetros de la estación más cercana. Con Tolstoi, Rusia me dio un maestro capaz de fundamentar racionalmente mi no-violencia empí-

rica; Tolstoi dio su bendición al movimiento que yo había creado en África del Sur, cuando el intento todavía estaba en pañales y apenas hacía adivinar sus admirables posibilidades; fue él el que profetizó en una carta que me dirigió por entonces que mi acción llevaría un mensaje de esperanza a los pueblos oprimidos. De este modo, se puede comprobar que mi misión no se nutre de ninguna hostilidad hacia la Gran Bretaña o contra Occidente. Después de haber impregnado del mensaje de *Unto this last*, no se me podía acusar de aprobar unas doctrinas que, como el fascismo o el nazismo intentan suprimir la libertad individual.

En la vida es imposible evitar toda violencia

Estoy en contra de la violencia porque sus aparentes ventajas, a veces impresionantes, no son más que temporales, mientras el mal que ocasiona deja sus huellas para siempre. Aunque se matase a todos los ingleses sin excepción, la India no sacaría de ello el menor provecho. No será la matanza de todos los ingleses lo que libraré de la miseria a millones de personas. La responsabi-

lidad de nuestra situación actual nos incumbe mucho más que a los propios ingleses. Ellos no podrían hacernos el menor mal si en nosotras fuera todo lo bueno. De ahí mi insistencia en que nos reformemos interiormente a nosotras mismas.

Puede ser que en algunas circunstancias, sea un deber suprimir una vida. Por ejemplo, hemos de aceptar esta necesidad si queremos alimentarnos; aunque sólo nos alimentemos de legumbres; hay que destruir al menos cierta forma de vida. Por razones sanitarias se matan los mosquitos con los insecticidas etc. Al obrar así, no se nos ocurre sentirnos culpables ante la religión... Se mata también a las fieras carnívoras que quieren atacar al hombre... A veces uno puede verse obligado a matar a un hombre: pensad en el caso de un loco furioso que, armado con una espada, matase a todos los que encuentra en su camino; tendríamos que capturarlo vivo o muerto. Y el que acabase con ese energúmeno sería un benemérito de la comunidad, que tendría que agradecerle aquel servicio.

Por otro lado he advertido que, en más de una circunstancia, se siente repugnancia instintiva a matar un ser vivo. Por ejemplo se ha propuesto encerrar a los perros rabiosos y hacerles morir lentamente. Pero esa sugerencia es incompatible con mi manera de pensar. Nunca podré soportar un sólo instante ver un animal padecer martirio y sufrir a fuego lento, sin proporcionarle ninguna ayuda. Si en un caso análogo no mato a un ser humano, es porque pongo todas mis esperanzas en algún remedio. Pero sino tengo el remedio adecuado para cuidar de un animal creo que tengo la obligación de matarlo. Si mi hijo se pusiera rabioso y no tuviera ningún medio para aliviar sus sufrimientos, juzgaría que tengo la obligación de poner fin a su vida. El fatalismo tiene sus límites. Sólo podemos ponernos a en manos del destino después de habernos ayudado a nosotros mismos del mejor modo posible. Para ayudar a un niño que agoniza en medio de sufrimientos, puede ser que el único remedio que quede sea el de acabar con su vida.

La tolerancia es inherente a la *ahimsā*. No somos más que unas pobres personas mortales, expuestas las contradicciones de

la violencia. El dicho de que la vida alimenta a la vida, posee un profundo significado. El ser humano no puede vivir un sólo instante sin cometer, consciente o inconscientemente, violencia física. El hecho de comer, de vivir, de caminar, lleva consigo necesariamente la destrucción de ciertas formas de vida, por muy pequeñas que sean. Pero de esto no se sigue que el no-violento deje de ser fiel a sus principios, si todos sus actos están dictados por la compasión, si protege en cuanto puede a todo lo que vive, si respeta incluso a las criaturas más insignificantes y si, de esta manera, se libra del engranaje fatal de la violencia. Su abnegación y su compasión no cesarán de crecer, pero nunca podrá ser puro de toda violencia exterior. Pero entonces se plantea una cuestión: ¿Cual es el límite que no se puede franquear? La respuesta no puede ser la misma para todas las personas, pues si el principio sigue siendo el mismo, cada uno lo aplica de diferente manera. Lo que para unos es alimentos para otros es veneno. Para mí es un pecado comer carne. Pero otros, habituados a comerla, no ven en ello nada malo; sería más bien una falta re-

nunciar a ella por imitarme. El bien y el mal son términos relativos. Lo que es bueno en ciertas condiciones puede convertirse en malo en otras circunstancias.

Como la *ahimsâ* descansa en la unidad de todo lo que vive, es lógico que el error de uno solo tienen que afectar a todo lo demás, por lo que nadie puede ufanarse de estar libre de toda violencia. Mientras el ser humano viva en sociedad, necesariamente tiene que ser cómplice de ciertas formas de violencia. Cuando dos naciones se entregan a la guerra, el deber del no-violento es hacer lo posible para que el conflicto acabe. El que no se sienta dispuesto a asumir esta tarea, el que nada pueda hacer contra la guerra, puede verse arrastrado a tomar parte en ella, y sin embargo, desear con todo su corazón verse libre, lo mismo que su país y el mundo entero, de esa lucha.

No hago ninguna distinción entre combatientes y no combatientes. El que se pone al servicio de una banda de criminales es tan culpable como ellos, aunque se contente con servirles de recadero, de espía o de enfermero. Del mismo modo, aunque un

se limitarse a curar a los heridos durante la batalla, no estaría absuelto de toda falta. Hay que odiar el pecado, no al pecador.

Prefiero un violento a un cobarde

Prefiriría mil veces correr el peligro de recurrir a la violencia antes de ver cómo castran a una raza. Mi no-violencia no admite que se huya ante el peligro, dejando los bienes sin ninguna protección. No tengo más remedio que preferir la violencia a la actitud de los que huyen por cobardía. Aunque no tenga fuerza física, es vergonzoso huir; el deber exige que se resista y se muera cada uno en su puesto. Esto sería una actitud no-violenta y animosa. Por el contrario habría coraje, pero faltaría la no-violencia si uno emplease la poca fuerza que tiene en combatir y aniquilar al adversario, con riesgo de su vida. La cobardía está en huir ante el peligro. En el primer caso es menester que uno tenga amor o caridad; en los demás casos, sólo tiene uno odio, miedo o recelo.

Lo mismo que hay que aprender a matar para practicar el arte de la violencia, también hay que aprender a morir para entrenarse en la no-violencia. La violencia no nos libra del miedo, sino que procura combatir las causas del miedo. Por el contrario la no-violencia está libre de todo miedo. El no-violento tiene que prepararse a los sacrificios más exigentes para superar el miedo. No se pregunta si va a perder su casa, su fortuna o su vida. Hasta que no supere toda aprensión, no podrá practicar el *ahimsâ* en toda su perfección. Por consiguiente según se entrene uno en la violencia o en la no-violencia, tendrá que apelar a técnicas diametralmente opuestas.

La no-violencia y cobardía se excluyen entre sí. Me imagino fácilmente a una persona armada hasta los dientes, pero sin nada de valentía. El hecho de poseer un arma supone cierto miedo., por no decir cierta cobardía. Si no hay auténtica intrepidez, tampoco hay verdadera no-violencia. Hay que rechazar por completo toda cobardía y hasta la más pequeña debilidad. No es posible esperar que un cobarde se convierta en no-violento; pero

sí cabe de esperar esto de un violento. Por eso, nunca lo repetiré bastante, si no sabemos defender nosotros mismos nuestras esposas y nuestros templos recurriendo a la fuerza que brota de la renuncia, esto es, si no somos capaces de la no-violencia, debemos por lo menos, si somos personas, atrevernos a emprender la lucha para defendernos.

Dado que la doctrina de la violencia ejerce un atractivo sobre la mayor parte de las personas y que el éxito de la no-colaboración depende en gran parte de la ausencia de toda violencia, le doy mucha importancia a dar a conocer mis ideas con toda la claridad posible, tanto más cuanto que afectan a la conducta de un gran número de personas. No tengo ningún reparo en decir que, cuando sólo es posible la cobardía y la violencia, hay que decidirse por la solución violenta. Por esa razón les recomiendo el entrenamiento militar a los que no creen más que en la violencia. Preferiría ver como la India defendiese su honor por la fuerza de las armas antes que ver cómo contempla cobardemente, sin defenderse, su propia derrota. Pero creo sobre todo que la no-violencia es

infinitamente superior a la violencia y que la clemencia es mucho más noble que el castigo. Pero la ausencia de violencia no significa clemencia, mas que cuando existe la posibilidad de castigar. Por el contrario, se encuentra despojada de todo significado cuando no hay medio de replicar. A nadie se le ocurriría replicar que el ratón es clemente cuando se deja comer por el gato.

En este siglo lleno de sorprendentes inventos, nadie puede decir ya que una cosa o una idea carezca de valor por el hecho de ser nueva. Afirmar de una empresa que se trata de algo imposible, por el hecho de ser difícil, sería obrar contra el espíritu de nuestra época. Todos los días vemos realizarse cosas que no podían imaginarse el día anterior. Lo imposible no deja de ceder terreno a lo posible. En el terreno de la violencia, los más recientes descubrimientos son especialmente asombrosos. Pero estoy seguro que todavía se realizarán descubrimientos más maravillosos en el campo de la no-violencia.



Carta desde la cárcel de Birmingham

Martin Luther King

Tomado de:

<http://www.semanarioafondo.com/cartadesdebirmingham.htm> king

16 de abril de 1963

MIS QUERIDOS SACERDOTES Y COMPAÑEROS:

Mientras me hallo recluido aquí, en la cárcel de la ciudad de Birmingham, me llegó vuestra reciente declaración calificando mis actividades presentes de “poco hábiles e inoportunas”. Son pocas las veces en que me detengo a contestar a las críticas formuladas contra mi trabajo e ideas. Si tratase de contestar a todas las críticas que pasan por mi mesa de trabajo, mis secretarios ten-

drían poco tiempo disponible para cualquier otra cosa en el curso del día, y a mí no me quedaría ni un instante para realizar una tarea constructiva.

Pero, como creo que sois hombres de intenciones fundamentalmente buenas, y que vuestras críticas han sido formuladas sinceramente, quiero intentar responder a vuestra declaración con unas pocas palabras que espero sean pacientes y razonables.

Creo que debiera indicaros por qué estoy aquí, en Birmingham, puesto que parecéis influidos por la opinión que anatematiza a los “forasteros que se inmiscuyen en los asuntos ajenos”. Tengo el honor de ser presidente de la Southern Christian Leadership Conference, una organización que actúa en todos los estados del Sur, con su cuartel general en Atlanta (Georgia). Tenemos en todo el Sur unas 85 organizaciones afiliadas, y una de ellas es el Alabama Christian Movement for Human Rights. Compartimos a menudo nuestra dirección y nuestros recursos tanto educativos como financieros con nuestras filiales. Hace varios meses, la filial de aquí, de Birmingham, nos pidió que estu-

viésemos dispuestos a emprender un programa de acción directa no violenta si ello resultaba necesario. Consentimos enseguida y, cuando llegó la hora, cumplimos nuestra promesa. Por eso, yo, y conmigo varios de mis colaboradores de la dirección, estamos aquí, por habérsenos invitado a que viniésemos. Estoy aquí porque aquí tengo vínculos de organización.

Pero, lo que es más importante: estoy en Birmingham porque también está aquí la injusticia. Así como los profetas del siglo VIII antes de Cristo abandonaban sus pueblos y difundían su mensaje divino muy lejos de los límites de las ciudades originarias; así como el apóstol Pablo dejó su pueblo de Tarso y difundió el Evangelio de Cristo hasta los lugares más remotos del mundo grecorromano, así me veo yo también obligado a difundir el Evangelio de la Libertad allende los muros de mi ciudad de origen. Lo mismo que Pablo, tengo que responder sin dilación a la petición de ayuda de los macedonios. Y, lo que es más, soy consciente de la interrelación existente entre todas las comunidades y los estados. No puedo permanecer con los brazos cruzados en

Atlanta sin sentirme afectado por lo que en Birmingham acontece. La injusticia, en cualquier parte que se cometa, constituye una amenaza para la justicia en todas partes. Nos encontramos cogidos dentro de las ineludibles redes de la reciprocidad, uncidos al mismo carro del destino. Cualquier cosa que afecte a uno de nosotros directamente, nos afecta a todos indirectamente. Nunca más podremos permitirnos el lujo de aferrarnos a la idea estrecha, provinciana de “agitador forastero”. Quienquiera que vive dentro de las fronteras de los Estados Unidos tiene derecho a que no se le vuelva a considerar nunca más forastero en el territorio de la nación.

Deploráis las manifestaciones que ahora tienen lugar en Birmingham. Pero vuestra declaración, siento decirlo, hace caso omiso de las condiciones que dieron lugar a estas manifestaciones. Estoy seguro de que ninguno de vosotros quiere limitarse a esa clase de análisis social superficial que no se ocupa más que de los efectos, sin detenerse a aprehender las causas subyacentes. Es una pena que las manifestaciones tengan lugar en Bir-

mingham, pero es todavía más lamentable que la estructura del poder blanco de la ciudad no dejase a la comunidad negra otra salida que ésta.

Toda campaña no violenta tiene cuatro fases básicas: primero la reunión de los datos necesarios para determinar si existen las injusticias; luego la negociación; después la autopurificación; y, por último, la acción directa. Hemos pasado en Birmingham por todas estas fases. No cabe discutir el hecho de que la injusticia racial embarga a esta comunidad. Birmingham es probablemente la ciudad más drásticamente segregada de toda Norteamérica. Su horrenda lista de violaciones es conocida de todos. Los negros han sufrido de modo flagrante un trato injusto por parte de los tribunales; ha habido más destrucciones de domicilios e iglesias negros a consecuencia de bombas y que han quedado sin resolver en Birmingham que en cualquier otra ciudad de la nación. Éstos son los hechos, duros, palmarios, determinantes de la situación. Con estas condiciones por base, los líderes negros trataron de negociar con los prohombres de la ciu-

dad. Pero éstos se negaron una y otra vez a entablar negociaciones de buena fe.

Entonces, en septiembre último se presentó la oportunidad de hablar con los representantes de la comunidad económica de Birmingham. Durante las negociaciones, los comerciantes formularon ciertas promesas, entre ellas la de suprimir los humillantes símbolos raciales de los almacenes.

Apoyándose en estas promesas, el reverendo Fred Shuttlesworth y los líderes del Alabama Christian Movement for Human Rights concedieron una tregua en todas las manifestaciones. Pasaron las semanas y los meses, y comprobamos que éramos víctimas de un perjurio. Unos cuantos emblemas, tras haber sido suprimidos por un tiempo, volvieron a surgir; el resto permanecieron donde estaban.

Como en tantos otros casos, se habían defraudado nuestras esperanzas y se apoderó de nosotros la sensación de un profundo desaliento. No teníamos más salida que la de apercibirnos para la acción directa, en la que presentaríamos nuestros propios

cuerpos como instrumentos de exposición de nuestro caso ante la conciencia de la comunidad local y nacional. A sabiendas de las dificultades existentes, decidimos emprender un proceso de autopurificación. Dimos comienzo a la creación de toda una serie de seminarios para aleccionar sobre la no violencia, y nos preguntamos reiteradas veces: ¿sabrás aceptar los golpes sin devolverlos? ¿Sabrás prevalecer en la prueba del encarcelamiento? Decidimos lanzar nuestro programa de acción directa en la temporada de Semana Santa, porque sabíamos que, excepto la Navidad, éste era el periodo principal de compras durante el año. Conscientes de que un programa enérgico de boicot económico sería la consecuencia de la acción directa, pensamos que éste sería el mejor momento para poner en marcha la presión que pensábamos ejercer sobre los comerciantes para provocar el cambio necesario.

Entonces caímos en la cuenta de que los comicios para la elección de alcalde en Birmingham estaban señalados para el mes de marzo, y decidimos rápidamente posponer la acción hasta el día siguiente al de las elecciones. Cuando descubrimos

que el responsable del orden público, Eugene "Bull" Connor, había reunido votos bastantes para presentarse al desempate, nuevamente decidimos posponer la acción hasta el día siguiente al de los comicios finales para que no se utilizaran las manifestaciones con el fin de velar los problemas reales que se debatían. Como muchos otros, esperábamos asistir a la derrota del señor Connor, y para ello nos avinimos a retrasar una y otra vez la fecha de nuestra acción. Después de haber prestado nuestro auxilio a la comunidad en esta necesidad, creímos que ya no se podía demorar más nuestro programa de la acción directa.

Preguntaréis: "¿Por qué acción directa?, ¿por qué plantones, marchas y demás?, ¿acaso no es el de la negociación el camino mejor?" Tenéis razón para abogar por la negociación. De hecho, esto es lo que realmente se propone la acción directa. La acción directa no violenta trata de crear una crisis tal, y de originar tal tensión, que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se ve obligada a hacer frente a este problema. Trata de dramatizar tanto la cuestión, que ya no puede ser

desconocida bajo ningún concepto. Podrá parecer raro que yo cite la creación de un estado de tensión como parte del trabajo que incumbe al resistente no violento. Pero tengo que confesar que no me asusta la palabra “tensión”. No he dejado nunca de oponerme a la tensión violenta, pero existe una clase de tensión no violenta constructiva, necesaria para el crecimiento. Así como Sócrates creía que era necesario crear una tensión en la mente para que los individuos superasen su dependencia respecto de los mitos y de las semiverdades hasta ingresar en el recinto libre del análisis creador y de la evaluación objetiva, así también, hemos de comprender la necesidad de “tábanos” no violentos creadores de una tensión social que sirva de acicate para que los hombres superen las oscuras profundidades del prejuicio y del racismo, elevándose hasta las alturas mayestáticas de la comprensión y de la fraternidad.

La meta de nuestro programa de acción directa radica en crear una situación tan pletórica de crisis que desemboque inevitablemente en la salida negociadora. Me uno, pues, a ustedes en

su apología de la negociación. Nuestro querido Sur ha permanecido demasiado tiempo encerrado en un trágico esfuerzo de vivir monologando en vez de dialogar.

Uno de los puntos básicos de su declaración es que la acción que yo y mis colaboradores hemos emprendido en Birmingham es inoportuna. Han preguntado algunos: “¿Por qué no habéis dado a la nueva administración urbana tiempo para obrar?” La única contestación que se me ocurre para esta pregunta es que la nueva administración de Birmingham tiene que ser tan zarandeada como la anterior, si se quiere que obre. Estamos profundamente equivocados si creemos que la elección de Albert Boutwell para el cargo de alcalde convertirá los sueños en realidad en Birmingham. Pese a ser el señor Boutwell persona mucho más pacífica que el señor Connor, ambos son segregacionistas, empeñados en el mantenimiento del status quo. Espero que el señor Boutwell será lo bastante razonable como para percatarse de la insignificancia de una resistencia denodada a la integración. Pero no lo verá sin la presión de los partidarios in-

condicionales de los defensores de los derechos civiles. Amigos míos, tengo que decirles que no nos hemos apuntado ni un solo tanto en materia de derechos civiles sin una empecinada presión legal y no violenta. Desgraciadamente, es un hecho histórico incontrovertible que los grupos privilegiados prescinden muy rara vez espontáneamente de sus privilegios. Los individuos podrán ver la luz de la moral y abandonar voluntariamente una postura injusta; pero, como nos recordara Reinhold Niebuhr, los grupos tienden a comportarse más inmoralmente que los individuos.

Sabemos por una dolorosa experiencia que la libertad nunca la concede voluntariamente el opresor. Tiene que ser exigida por el oprimido. A decir verdad, todavía estoy por empezar una campaña de acción directa que sea “oportuna” ante los ojos de los que no han padecido considerablemente la enfermedad de la segregación. Hace años que estoy oyendo esa palabra “¡Espera!”. Suena en el oído de cada negro con penetrante familiaridad. Este “espera” ha significado casi siempre “nunca”. Tenemos que convenir con uno de nuestros juristas más eminentes en

que “una justicia demorada durante demasiado tiempo equivale a una justicia denegada”.

Hemos aguardado más de trescientos cuarenta años para usar nuestros derechos constitucionales y otorgados por Dios. Las naciones de Asia y de África se dirigen a velocidad supersónica a la conquista de su independencia política; pero nosotros estamos todavía arrastrándonos por un camino de herradura que nos llevará a la conquista de un tazón de café en el mostrador de los almacenes. Es posible que resulte fácil decir “espera” para quienes nunca sintieron en sus carnes los acerados dardos de la segregación. Pero cuando se ha visto cómo muchedumbres enfurecidas linchaban a su antojo a madres y padres, y ahogaban a hermanas y hermanos por puro capricho; cuando se ha visto cómo policías rebosantes de odio insultaban a los nuestros, cómo maltrataban e incluso mataban a nuestros hermanos y hermanas negros; cuando se ve a la gran mayoría de nuestros veinte millones de hermanos negros asfixiarse en la mazmorra sin aire de la pobreza, en medio de una sociedad opulenta; cuando, de pronto,

se queda uno con la lengua torcida, cuando balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque público de atracciones recién anunciado en la televisión, y ver cómo se le saltan las lágrimas cuando se le dice que el “País de las Maravillas” está vedado a los niños de color, y cuando observa cómo los ominosos nubarrones de la inferioridad empiezan a enturbiar su pequeño cielo mental, y cómo empieza a deformar su personalidad dando cauce a un inconsciente resentimiento hacia los blancos; cuando se tiene que amañar una contestación para el hijo de cinco años que pregunta: “Papá ¿por qué tratan los blancos a la gente de color tan mal?”; cuando se sale a dar una vuelta por el campo en coche y se ve uno obligado a dormir noche tras noche en algún rincón incómodo del propio automóvil porque no están abiertas las puertas de ningún hotel para uno; cuando se le humilla a diario con los símbolos punzantes de “blanco” y “colored”; cuando el nombre de uno pasa a ser “negrazo” y el segundo nombre se torna “muchacho” (cualquiera que sea la edad que se tenga), volviéndose su apellido “John” en tanto que

a su mujer y a su madre se les niega el trato de “señora”; cuando se viene estando hostigado de día y obsesionado por la noche por el hecho de ser un negro, viviendo en perpetua tensión sin saber nunca a qué atenerse, y rebosando temores internos y resentimientos exteriores; cuando se está luchando continuamente contra una sensación degeneradora de despersonalización, entonces, y sólo entonces se comprende por qué nos parece tan difícil aguardar. Llega un momento en que se colma la copa de la resignación. Espero, señores, que comprenderán nuestra legítima e ineludible impaciencia.

Expresan una profunda ansiedad en torno a nuestra decisión de quebrantar las leyes si es preciso. No cabe duda de que su preocupación es legítima. Como pedimos con tanta diligencia a nuestro pueblo que obedeciese a la decisión del Tribunal Supremo que declaraba ilegal la segregación en las escuelas oficiales, podrá parecer paradójico, de buenas a primeras, nuestra desobediencia consciente de las leyes. Podrán preguntar: “¿Cómo pueden ustedes defender la desobediencia de unas leyes y el acatamiento de

otras?”. La contestación debe buscarse en el hecho de que existen dos clases de leyes: las leyes justas y las injustas. Yo sería el primero en defender la necesidad de obedecer los mandamientos justos. Se tiene una responsabilidad moral además de legal en lo que hace al acatamiento de las normas justas. Y, a la vez, se tiene la responsabilidad moral de desobedecer normas injustas. Estoy de acuerdo con San Agustín en que “una ley injusta no es tal ley”.

Pero ¿cuál es la diferencia entre ambas clases de leyes? ¿Cómo se sabe si una ley es justa o no lo es? Una ley justa es un mandato formulado por el hombre que cuadra con la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es una norma en conflicto con la ley moral. Para decirlo con palabras de Santo Tomás de Aquino: “Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta.” Todos los mandatos legales segregacionistas son injustos, porque la segregación deforma el alma y perjudica la personalidad; da al que segrega

una falsa sensación de superioridad y al segregado una sensación de inferioridad asimismo falsa. La segregación, para valer nos de la terminología del filósofo judío Martin Buber, sustituye la relación “yo-tú” por una relación “yo-ello”, y acaba relegando a las personas a la condición de cosas. Por eso, la segregación es, además de inadecuada política, económica y sociológicamente, moralmente equivocada y pecaminosa. Dijo Paul Tillich que “pecado es separación”. ¿Acaso no es la segregación una manifestación existencial de la trágica separación del hombre, su aislamiento horrible, su tremenda condición de pecador? Por eso precisamente puedo pedir a los hombres que cumplan la decisión de 1954 del Tribunal Supremo, por ser moralmente recta; y por eso puedo instarles a que desobedezcan las ordenanzas segregacionistas, por ser éstas moralmente equivocadas.

Consideremos un ejemplo más concreto de normas justas e injustas. Una ley injusta es una norma por la que un grupo numéricamente superior o más fuerte obliga a obedecer a una minoría pero sin que rija para él. Esto equivale a la legalización de

la diferencia. Por el mismo procedimiento, resulta que una ley justa es una norma por la que una mayoría obliga a una minoría a obedecer a lo que ésta mande, quedando a la vez vinculada al texto normativo dicha mayoría. Esto equivale a la legalización de la semejanza.

Permítaseme dar otra explicación. Una ley es injusta si es impuesta a una minoría que, al denegársele el derecho a votar, no participó en la elaboración ni en la aprobación de la ley. ¿Quién podrá decir que la legislación de Alabama de la que emanaron las leyes del estado sobre la segregación fue elegida democráticamente? Por todo Alabama se utilizan toda suerte de métodos sutiles encaminados a evitar que los negros pasen a figurar en los censos electorales; y condados hay en que, por más que los negros constituyan una mayoría de la población, no consta ni un solo negro en las listas. ¿Puede decirse que una ley promulgada en tales circunstancias está estructurada democráticamente?

Algunas veces una ley es justa por su texto e injusta en su aplicación. Por ejemplo, se me arrestó por manifestarme sin per-

miso. Ahora bien; nada hay de malo en que exista una ordenanza que exige un permiso para manifestarse. Pero esta norma se vuelve injusta cuando es puesta al servicio de la segregación, denegando a los ciudadanos el derecho de reunión y protesta pacíficas concedido por la primera enmienda.

Espero que sabrán percatarse de la diferencia que trato de mostrarles. Bajo ningún concepto preconizo la desobediencia ni el desafío a la ley, como haría el segregacionista rabioso. Esto nos llevaría a la anarquía. El que quebranta una ley injusta tiene que hacerlo abiertamente, con amor y dispuesto a aceptar la consiguiente sanción. Opino que un individuo que quebranta una ley injusta para su conciencia, y que acepta de buen grado la pena de prisión con tal de despertar la conciencia de la injusticia en la comunidad que la padece, está de hecho manifestando el más eminente respeto por el derecho.

Naturalmente, no hay ninguna novedad en esta clase de desobediencia civil. La encontramos, en una de sus manifestaciones sublimes, en la negativa de Shadrach, Meshach y Abednego

a obedecer las órdenes de Nabucodonosor, en aras a la ley moral superior. La practicaron de modo soberbio los cristianos primitivos, que estaban dispuestos a enfrentarse con leones hambrientos, con el dolor insoportable de la tortura antes que someterse a ciertas leyes injustas del imperio romano. Hasta cierto punto, la libertad académica es actualmente una realidad porque Sócrates practicó la desobediencia civil. En nuestra nación, el Boston Tea Party¹ fue un acto colectivo de desobediencia civil.

No hemos de olvidar jamás que todo cuanto hicieron los húngaros que luchaban por la libertad se reputaba “ilegal” en Hungría. “Ilegal” era ayudar y consolar a un judío en la Alemania de Hitler. Aún así, estoy seguro de que, si hubiera vivido entonces en Alemania, hubiese ayudado y consolado a mis hermanos judíos. Si actualmente viviese en un país comunista donde

¹ Boston Tea Party, concentración de ciudadanos de Boston, el 16 de diciembre de 1773, para proteger las decisiones contrarias a la importación adoptadas por la colonia, quienes echaron por la borda el cargamento de té que se hallaba en tres buques ingleses recién llegados.

han sido suprimidos ciertos principios inherentes a la fe cristiana, abogaría abiertamente por la desobediencia a las leyes anti-religiosas del país.

Tengo que confesarles honradamente dos cosas, hermanos míos cristianos y judíos; tengo que confesar, primero, que en los últimos años he quedado profundamente desencantado del blanco moderado. Casi he llegado a la triste conclusión de que la rueda de molino que lleva amarrada el negro y que traba su tránsito hacia la libertad, no proviene del miembro del Consejo de Ciudadanos Blancos, o del Ku-Klux-Klan, sino del blanco moderado que antepone el “orden” a la justicia; que prefiere una paz negativa que supone ausencia de tensión, a una paz positiva que entraña presencia de la justicia; quien dice continuamente: “Estoy de acuerdo con el objetivo que usted se propone, pero no puedo aprobar sus métodos de acción directa”; que cree muy paternalmente que puede fijar un plazo a la libertad del prójimo; quien vive de un concepto mítico del tiempo y aconseja al negro que aguarde a que llegue “un momento más

oportuno". La comprensión superficial de los hombres de buena voluntad es más demoledora que la absoluta incomprensión de los hombres de mala voluntad. Resulta mucho más desconcertante la aceptación tibia que el rechazo sin matices.

Esperé que el blanco moderado comprendería que la ley y el orden existen para la elaboración de la justicia, y que, cuando fracasan en este empeño, se convierten en unas trabas peligrosamente estructuradas que impiden el fluir del progreso social. Esperé que el blanco moderado comprendería que la actual tensión en el Sur es una fase necesaria para la transición desde una odiosa paz negativa en la que el negro aceptaba pasivamente su carga injusta, a una paz muy otra, real y positiva, en la que todos los hombres respetarán la dignidad y el valor de la personalidad humana. De hecho, los que seguíamos la senda de la acción directa no violenta no somos quienes creamos la tensión. Nos limitamos a traer a la superficie la tensión oculta que se hallaba en estado latente desde mucho antes. La sacamos a la luz, porque así se la puede ver y actuar en consecuencia. Lo mismo que un

tumor que no se puede curar mientras siga oculto, y que debe abrirse en todo su horror a los remedios naturales del aire y de la luz, la injusticia tiene que exponerse, con toda la tensión que esta exposición crea, a la luz de la conciencia humana y al aire de la opinión nacional si es que existe el deseo de subsanarla.

Afirman ustedes en su declaración que nuestras acciones, aunque pacíficas, tienen que ser condenadas porque conducen a la violencia. ¿Pero es éste un aserto lógico? ¿No es ello lo mismo que condenar a un hombre víctima del hurto porque el hecho de haber poseído dinero determinó la pecaminosa acción de robarle? ¿Acaso no es como si se condenara a Sócrates porque su absoluta entrega a la verdad y sus investigaciones filosóficas causaron la actitud del populacho mal aconsejado que le condenó a beber la cicuta? ¿No les parece que esto equivale a condenar a Jesucristo porque su incomparable ciencia divina y su incesante acatamiento de la voluntad de Dios precipitó aquella pecaminosa crucifixión? Hay que reconocer que, como han venido afirmando una y otra vez los tribunales federales, no está bien pedir

a un individuo que abandone sus esfuerzos por conquistar sus derechos constitucionales básicos sencillamente porque esta petición pueda determinar la violencia. La sociedad tiene que proteger al robado y castigar al ladrón.

También esperé que el blanco moderado abandonaría ese mito acerca del momento oportuno para librar la batalla por la libertad. Acabo de recibir una carta de un hermano blanco de Texas. Escribe:

Cualquier cosa que afecte a uno de nosotros directamente, nos afecta a todos indirectamente.

Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta.

Una ley es injusta si es impuesta a una minoría que, al denegársele el derecho a votar, no participó en la elaboración ni en la aprobación de la ley.

Todos los cristianos saben que, a la postre, el pueblo negro gozará de iguales derechos que los blancos; pero es posible que tengáis excesivas prisas religiosas. La cristiandad ha necesitado casi dos mil años para lograr lo que ahora tiene. Las enseñanzas de Cristo tardan en imponerse al mundo.

Esta actitud procede de un trágico error en cuanto a lo que es el tiempo, de una noción curiosamente irracional a cuyo tenor hay, en el devenir del tiempo mismo, algo que inevitablemente cura todos los males. De hecho, el tiempo en sí es neutro; puede ser utilizado para la destrucción lo mismo que para construir. Se me ocurre cada vez más que los hombres de mala voluntad se han valido del tiempo con una eficacia muy superior a la demostrada al respecto por los hombres de buena voluntad. Tendremos que arrepentirnos en esta generación no sólo por las acciones y palabras hijas del odio de los hombres malos, sino también por el inconcebible silencio atribuible a los hombres buenos. El progreso humano nunca discurre por la vía de lo inevitable. Es fruto de

los esfuerzos incansables de hombres dispuestos a trabajar con Dios; y si suprimimos este esfuerzo denodado, el tiempo se convierte de por sí en aliado de las fuerzas del estancamiento social. Tenemos que utilizar el tiempo de modo creador, conscientes de que siempre es oportuno obrar rectamente. En este momento es hora de convertir en realidad palpable la promesa de democracia y de transformar nuestra indecisa elegía nacional en un salmo de hermandad creador. En este momento es hora de sacar nuestra política nacional de las arenas movedizas de la injusticia racial para plantarla sobre la firme roca de la dignidad humana.

Tildan ustedes nuestra actividad en Birmingham de extremada. Al principio quedé algo desconcertado por pensar que unos sacerdotes colegas míos pudiesen ver en mis esfuerzos no violentos la actuación de un extremista. Me puse a pensar acerca del hecho de que me encuentro situado en el centro de dos fuerzas opuestas de la comunidad negra. A un lado está la fuerza de la complacencia, compuesta, en parte, de negros que, tras largos años de opresión, han quedado tan faltos de todo sentido de la

propia dignidad, tan despersonalizados, que se han adaptado a la segregación; y, en parte, de un puñado de negros de clase media que, debido a cierto grado de seguridad académica o económica, y porque, hasta cierto punto, sacan provecho de la segregación, se han desentendido de los problemas de las masas. La otra fuerza viene animada por el rencor y el odio, y se acerca peligrosamente a la defensa de la violencia. Trasunto suyo son los varios grupos nacionalistas negros que brotan por toda la nación, el más conocido y más numeroso de los cuales es el movimiento musulmán de Elijah Mohamed. Nutrido por la frustración del negro, hijo de la permanencia de la discriminación racial, este movimiento se compone de gentes que han perdido su fe en los Estados Unidos, que han repudiado definitivamente el cristianismo y que han llegado a la conclusión de que el blanco es un “demonio” incorregible.

He tratado de mantenerme entre estas dos fuerzas, afirmando que no tenemos necesidad de imitar el inmovilismo de los complacientes ni el odio y la desesperación de los nacionalistas negros. Y es que ésta es la mejor forma de protesta amorosa y

no violenta. Agradezco a Dios que haya hecho, por el conducto de la Iglesia negra, que la senda de la no violencia pasase a formar parte integrante de nuestro plan de lucha.

Si esta filosofía no hubiese surgido, estoy convencido de que actualmente muchas de las calles del Sur norteamericano estarían inundadas de sangre. Y estoy, además, convencido de que si nuestros hermanos blancos califican de “demagogos” y de “agitadores forasteros” a aquellos de entre nosotros que se valen de la acción directa no violenta, y si se niegan a apoyar nuestros esfuerzos no violentos, millones de negros, presa de la desesperación y de la frustración, buscarán refugio y albergue en las ideologías nacionalistas negras, lo cual, de acontecer, conduciría inevitablemente a una aterradora pesadilla racial.

Los hombres oprimidos no pueden seguir estándolo de por vida. El anhelo de libertad acaba por manifestarse abiertamente, y esto es lo que ha ocurrido con el negro estadounidense. Hay algo dentro de él que le ha recordado que nació con el derecho a la libertad; y algo, otra cosa fuera de él, le ha recordado que esta

libertad podía ser conquistada. Consciente o inconscientemente, se ha dejado embargar por el Zeitgeist², y el negro norteamericano, unido a sus hermanos negros de África y a sus hermanos amarillos y cobrizos de Asia, América del Sur y el Caribe, marcha impregnado por un ansia que no puede esperar, hacia la Tierra prometida de la justicia racial. Si se reconoce esta necesidad vital que se ha apoderado de la comunidad negra, se tiene que comprender inmediatamente el porqué de las manifestaciones públicas actuales. El negro lleva dentro de sí muchos resentimientos concentrados y muchas frustraciones latentes, y tiene que liberarlos. Así que déjesele marchar; déjesele participar en procesiones pías en dirección al ayuntamiento; déjesele participar en los “viajes de la Libertad”, e inténtese comprender por qué siente la necesidad de hacerlo. Si sus emociones reprimidas no encuentran escape en actuaciones no violentas, buscarán una manifestación violenta. Con ello no formulo una amenaza; me limi-

² Espíritu del tiempo.

to a recordar enseñanzas de la historia. Por eso no he dicho a mi pueblo: “Abandonad vuestro descontento.” Antes bien, he tratado de decir que este descontento normal cuanto sano, puede encauzarse por la vía creadora de la acción directa no violenta. Y ahora, he aquí que se califica de extremista este punto de vista.

Pero, a pesar de que me desconcertó inicialmente el sambenito de extremista, conforme seguía pensando acerca del asunto, fue entrándome cierta satisfacción por la etiqueta que se me colgaba. ¿Acaso no fue Jesús un extremista del amor?: “Amad a vuestros enemigos; perdonad a los que os vejan; haced el bien a los que os odian y rezad por los que abusan maliciosamente de vosotros y os persiguen.” Y Amós, un extremista de la justicia: “Dejad que la justicia discurra como el agua y que la equidad corra como un inagotable manantial.” Y Pablo, un extremista del Evangelio cristiano: “Llevo en mi cuerpo las señales de nuestro Señor Jesucristo.” Y Martín Lutero, un extremista: “A lo dicho me atengo; no puedo obrar de otra manera: que Dios venga en mi ayuda.” Y John Bunyan: “Permanecería en la cár-

cel hasta el final de mis días antes que asesinar mi conciencia.” Y Abraham Lincoln: “Esta nación no puede sobrevivir esclava a medias y libre a medias.” Y Thomas Jefferson: “Para nosotros hay verdades evidentes de suyo, y una de ellas es que todos los hombres fueron creados iguales [...].” Así que el problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos. ¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor? ¿Pondremos el extremismo al servicio de la conservación de la injusticia o de la difusión de la justicia? En la dramática escena del Gólgota fueron crucificados tres hombres. Nunca hemos de olvidar que los tres fueron crucificados por el mismo delito: el delito del extremismo. Dos de ellos eran extremistas de la inmoralidad, y por eso cayeron más bajo que el mundo que les rodeaba. El otro, Jesucristo, era un extremista del amor, de la verdad y de la bondad, y por eso se elevó por encima del mundo que le rodeaba. Bien podría ser que el Sur, la nación y el mundo necesiten muchísimo de extremistas creadores.

Esperé que el blanco moderado se percataría de esta necesidad. Quizás pequé de excesivo optimismo; quizás fueran excesivas mis esperanzas. Supongo que debía haberme dado cuenta de que pocos son los miembros de la raza opresora capaces de comprender la profundidad de los gemidos y la pasión de los deseos de la raza oprimida, y aún son menos los capaces de ver que la injusticia necesita ser extirpada mediante una acción poderosa, persistente y decidida. Estoy, sin embargo, agradecido a algunos de nuestros hermanos blancos del Sur por haber captado el sentido de esta revolución social y haberse puesto a su servicio. Todavía son demasiado pocos en cuanto al número, pero grande es su calidad. Algunos, como, por ejemplo, Ralph McGill, Lillian Smith, Harry Golden, James McBride Dabbs, Ann Braden y Sarah Patton Boyle, han escrito acerca de nuestra lucha con palabras elocuentes y proféticas. Otros han marchado con nosotros por las calles anónimas del Sur; se han consumido en cárceles sucias e infestadas de parásitos, sufriendo los insultos y los malos tratos de policías para quienes ellos eran “despreciables ne-

grazófilos". Frente a lo que solían hacer sus hermanos y hermanas moderados, ellos reconocieron la urgencia de actuar y sintieron la necesidad de poderosos antídotos "activos" para combatir la enfermedad segregacionista.

Déjenme apuntarles otra razón fundamental de mi desencanto. ¡Cuán grande ha sido éste en lo que hace a la Iglesia blanca y a sus ministros! Ciertamente existen algunas excepciones notables. No desconozco el hecho de que cada uno de ustedes ha adoptado algunas actitudes significativas acerca del particular. Le aplaudo a usted, reverendo Stallings, por su actitud cristiana el domingo pasado, al dar la bienvenida a los negros en el oficio dominical, aceptando el principio de la integración. Aplaudo a los líderes católicos de este estado por haber integrado hace ya varios años el Spring Hill College.

Pero, aparte de estas importantes excepciones, tengo que reiterar honradamente que la Iglesia me ha defraudado. No lo digo como lo diría uno de esos críticos negativos que siempre saben encontrar algo equivocado en la Iglesia. Lo digo en mi ca-

lidad de ministro del Evangelio, que ama a la Iglesia; en mi calidad de eclesiástico amamantado en su pecho; que se ha sostenido gracias a sus bendiciones espirituales y que seguirá siendo leal mientras le quede un hálito de vida.

Cuando de pronto me vi lanzado al liderato de la protesta de los autobuses en Montgomery (Alabama), hace de esto unos años, pensé que gozaría del apoyo de la Iglesia blanca. Pensé que los ministros, sacerdotes y rabinos blancos del Sur se contarían entre nuestros más firmes aliados. Mas, he aquí que algunos de ellos han sido incluso enemigos, negándose a comprender el movimiento de la libertad y formándose una idea equivocada de sus líderes. En cuanto a los demás, han sido demasiados los que se han mostrado más precavidos que valientes y que han permanecido silenciosos detrás de la adormecedora seguridad de las piadosas vidrieras.

A pesar de ver quebrantados mis sueños, acudí a Birmingham con la esperanza puesta en que la dirección religiosa blanca de esta comunidad se percataría de la justicia de nuestra causa y

haría, cumpliendo un profundo deber moral, de canal por el que podríamos encauzar nuestras justas quejas hacia las esferas del poder. Esperé que cada uno de ustedes comprendería. Y de nuevo vino el desencanto.

He oído a muchos dirigentes religiosos del Sur aconsejar a sus feligreses que acatasen una sentencia integracionista porque así lo quería la ley. Pero hubiese querido oír a los eclesiásticos blancos declarar: “Acatad este decreto porque la integración es moralmente justa y porque el negro es vuestro hermano.” En medio de las injusticias palmarias infligidas al negro, he visto a los ministros de la religión blancos permanecer al margen mientras formulaban frases piadosas que no hacían al caso y trivialidades mojigatas. En medio de la grandiosa contienda sostenida por librar a nuestra nación de la injusticia racial y económica, he oído a muchos ministros decir: “Son estos problemas sociales con los que el Evangelio no está realmente relacionado.” Y he observado cómo varias iglesias se consagran a una religión perteneciente desde todo punto de vista a

un mundo distinto al nuestro; una religión que discrimina curiosamente, de modo antibíblico, entre el cuerpo y el alma, lo sagrado y lo laico.

He viajado por todas partes en Alabama, Mississippi y todos los demás estados del Sur. En bochornosos días de verano y en diáfanas mañanas otoñales, me he quedado mirando las bellas iglesias del Sur con sus elevados campanarios apuntando al cielo. He visto las impresionantes siluetas de sus enormes instituciones dedicadas a la enseñanza confesional. Siempre acababa preguntándome: “¿Qué clase de personas viene aquí? ¿Quién es su Dios? ¿Dónde estaban sus voces cuando salieron de los labios del gobernador Barnett palabras de obstaculización y de anulación? ¿Dónde estaban cuando el gobernador Wallace tocó a rebato dando la señal para desencadenar el odio y la provocación? ¿Dónde estaban sus palabras de apoyo cuando hombres y mujeres negros, magullados y cansados, decidieron abandonar las oscuras mazmorras de la complacencia y pasar a las luminosas colinas de la protesta creadora?”

Sí, sigo preguntándome todo esto. Profundamente desalentado, he llorado sobre la laxitud de la Iglesia. Pero sepan que mis lágrimas fueron lágrimas de amor. No cabe un profundo desaliento sino donde falta un amor profundo. Sí, amo a la Iglesia. ¿Cómo iba a no ser así? Me encuentro en la situación harto frecuente de ser hijo, nieto y bisnieto de predicadores. Sí, la Iglesia es para mí el cuerpo de Cristo. Mas, ¡ay!, cómo hemos envilecido y herido este cuerpo con la negligencia social y con el temor de convertirnos en posibles miembros disconformes.

Hubo una época en que la Iglesia fue muy poderosa: cuando los cristianos primitivos se regocijaban de que se les considerase dignos de sufrir por sus convicciones. En aquella época, la Iglesia no era mero termómetro que medía las ideas y los principios de la opinión pública. Era más bien, un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad. Dondequiera que un cristiano penetrase en una ciudad, las personas que entonces detentan las riendas del poder, se perturbaban e inmediatamente trataban de procesar a los cristianos por ser “perturbadores

de la paz” y “agitadores forasteros”. Pero los cristianos no cejaron en su empeño, convencidos de que eran “una colonia celestial”, destinados a obedecer a Dios antes que al hombre. Su número era limitado, pero grande su entrega. Estaban demasiado ebrios de Dios para sentirse “astronómicamente intimidados”. Con su esfuerzo y su ejemplo pusieron fin a prejuicios tan remotos como el abominable infanticidio y los funestos combates de gladiadores.

En la actualidad todo ocurre de modo muy distinto. Y es que la Iglesia contemporánea es a menudo una voz débil y sin timbre, de sonido incierto. Es que a menudo es defensora a todo trance del status quo. En vez de sentirse perturbada por la presencia de la Iglesia, la estructura del poder de la comunidad se beneficia del espaldarazo tácito y aún, a veces, verbal, de la Iglesia a la situación imperante.

Pero el juicio de Dios rige para la Iglesia más que nunca. Si la iglesia de hoy no recobra el espíritu de sacrificio de la Iglesia primitiva, perderá su autenticidad, echará a perder la lealtad de

millones de personas y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para el siglo XX. Todos los días me encuentro con jóvenes cuyo desencanto por la actitud de la Iglesia se ha convertido en auténtico asco.

Puede que también esta vez me haya pasado de optimista. ¿Acaso está la religión demasiado vinculada al status quo como para salvar a nuestra nación y al mundo? Es posible que tenga que polarizar mi fe en la Iglesia espiritual interior, en la Iglesia dentro de la Iglesia, como verdadera *ekkklesia* y esperanza del orbe. Pero agradezco nuevamente a Dios que algunas almas nobles de las filas de la religión organizada hayan roto las cadenas paralizantes del conformismo y se hayan unido a nosotros en calidad de asociados activos en la lucha por la libertad. Abandonaron sus tranquilas congregaciones y marcharon con nosotros por las calles de Albany. Han descendido por las autopistas del Sur participando en unos “viajes de la Libertad”, por cierto sembrados de obstáculos. Sí, fueron a la cárcel con nosotros; algunos de ellos perdieron sus parroquias, quedaron sin el apoyo de

sus obispos y de sus colegas eclesiásticos. Pero obraron creyendo que la razón derrotada puede más que la sinrazón triunfante. Su testimonio ha sido la sal espiritual que ha conservado el verdadero significado del Evangelio en estos tiempos de turbación. Han cavado un túnel de esperanza en la negra montaña del desconcierto.

Espero que la Iglesia en conjunto saldrá a la palestra en esta hora decisiva. Pero, aunque la Iglesia no acuda en ayuda de la justicia, no pierdo mis esperanzas acerca del futuro. No abrigo ningún temor acerca del resultado de nuestra lucha en Birmingham, aunque haya sido dada una interpretación equivocada de nuestros motivos. Alcanzaremos la meta de la libertad en Birmingham y en toda la nación, porque la meta de Norteamérica es libertad. Por más que se nos insulte y se haga burla de nosotros, nuestro destino va unido al de Estados Unidos. Antes de que los peregrinos arribasen a Plymouth, estábamos aquí. Antes de que la pluma de Jefferson escribiera las majestuosas palabras de la Declaración de Independencia en las páginas de la histo-

ria, estábamos aquí. Durante más de dos siglos, nuestros antecesores trabajaron en este país sin cobrar salario alguno; hicieron rey al algodón; edificaron las mansiones de sus amos mientras sufrían una injusticia flagrante y padecían una humillación abyecta y, sin embargo, gracias a una vitalidad sin límites, siguieron progresando y multiplicándose. Si las inenarrables crueldades de la esclavitud no pudieron detenernos, menos podrá hacerlo la oposición que tenemos ahora frente a nosotros. Conquistaremos nuestra libertad porque el sagrado legado de nuestra nación y la eterna voluntad de Dios están plenamente integrados en nuestras exigencias.

Antes de terminar, me siento obligado a citar otro punto de la declaración hecha por ustedes que me ha turbado profundamente. Aplaudieron ustedes con calor a la policía de Birmingham por mantener “el orden” y “prevenir la violencia”. Dudo que aplaudiesen tan fervorosamente a la fuerza policiaca de haber visto a sus perros hincar sus colmillos en negros inermes, no violentos. Dudo que aplaudiesen con tanto fervor a los policías

de haber observado el horrible e inhumano trato que deparan a los negros aquí, en la cárcel de la ciudad; si les viesan empujar e insultar a las ancianas negras y a las muchachas negras; si les viesan abofetear y golpear a los viejos y a los muchachos negros; si observasen cómo —según hicieron en dos ocasiones— se negaban a darnos de comer porque queríamos cantar para bendecir la mesa juntos. No puedo unirme a ustedes en su alabanza a la policía de Birmingham.

Es cierto que la policía ha demostrado cierta capacidad de disciplina en su trato a los manifestantes. En este sentido, se han comportado más bien de modo “no violento” en público. Pero, ¿por qué? Para preservar el perjudicial sistema de la segregación. Durante los últimos años he predicado sin cesar que la no violencia requiere que los medios de que nos valemos sean tan puros como las metas que nos proponemos alcanzar. He tratado de dejar claramente establecido que está mal valerse de medios inmorales para lograr fines morales. Pero ahora he de afirmar que tan mal está, y quizás aún sea peor, valerse de medios morales

para la consecución de fines inmorales. Es posible que el señor Connor y sus policías se hayan mostrado más bien no violentos en público como hiciera el jefe de policía Pritchett en Albany (Georgia), pero han utilizado los medios morales que les brinda la no violencia para mantener la meta inmoral de la injusticia racial. Como dijera el gran escritor T. S. Eliot: “La última tentación es la mayor de las traiciones: obrar bien por malos motivos”.

Hubiese preferido que aplaudiesen a los negros que participaban en los plantones y en las manifestaciones de Birmingham, rindiendo así homenaje a su valor sublime, a su aceptación del martirio y su increíble disciplina ante tamaña provocación. Algún día reconocerá el Sur cuáles son sus verdaderos héroes. Se citarán a los James Meredith, con el noble sentido de la misión propia que les arma para enfrentarse a muchedumbres vociferantes y hostiles, y con esa oprimiente sensación de soledad que caracteriza la vida del pionero. Se citarán las mujeres negras oprimidas, de edad proveyta, desgastadas, simbolizadas por aquella anciana de setenta y dos años que en Montgomery

(Alabama) se alzó, movida por su sentido de la dignidad, y decidió con los suyos no viajar más en autobuses segregados, y que respondió con espontánea profundidad a alguien que le preguntaba acerca de su cansancio: “Tengo los pies cansados, pero mi alma descansa.” Se hablará de los jóvenes alumnos de los institutos y de los estudiantes universitarios; de los jóvenes ministros del Evangelio y de toda una pléyade de sacerdotes mayores que ellos, que se sientan en las secciones alimenticias de los almacenes, valientemente y adhiriéndose a la no violencia, a la vez que dispuestos a ingresar en la cárcel porque así se lo pide su conciencia. Día llegara en que el Sur se entere de que, cuando aquellos hijos desheredados de Dios se sentaban en los snack-bar de las galerías, de hecho estaban defendiendo lo mejor del sueño norteamericano y los valores más sagrados de nuestro legado judeocristiano, reconduciendo así nuestra nación a los grandes pozos de la democracia, profundamente cavados por los padres de la nación norteamericana en su formulación de la Constitución y de la Declaración de la Independencia.

Nunca antes de ahora escribí una carta tan larga. Me temo que sea demasiado larga, habida cuenta de lo cargado que están sus horarios. Les aseguro que hubiese sido mucho más corta de haber sido escrita detrás de un cómodo despacho, pero, ¿qué puede hacer uno cuando está solo en una estrecha celda de la prisión, como no sea escribir largas cartas, desentrañar profundos pensamientos y rezar interminables oraciones?

Si hay en esta carta algo que exagera la verdad e indica una impaciencia poco razonable, les pido que me perdonen por ello. Si hay en ella algo que minimiza la verdad e indica que es tanta mi paciencia que me conformo con algo menor que la fraternidad, pido a Dios, bien sinceramente, que me perdone.

Espero que esta carta les halle firmes en su fe. Espero también que las circunstancias me permitirán no tardar mucho en reunirme con cada uno de ustedes no como integracionista ni como líder del movimiento de los derechos civiles, sino en calidad de eclesiástico y de hermano cristiano. Esperemos todos que los oscuros nubarrones del prejuicio racial se alejen pronto y que

la densa niebla de la interpretación torcida se apartará de nuestras comunidades presas de miedo, y que algún día no lejano las refulgentes estrellas del amor y de la fraternidad iluminarán nuestra nación con toda su deslumbrante belleza.

Me despido de ustedes, quedando suyo en la causa de la paz y la fraternidad.

Martin Luther King



La desobediencia civil y la amenaza de guerra nuclear

Bertrand Russell

Bertrand Russell. 1960. Trad. J. A. Estévez Araujo, publicada en *Mientras Tanto*, núm. 19, Barcelona, julio de 1984; págs. 61-67.

Tomado de:

<http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/dossier%20dc/russell.htm>

EL COMITÉ DE LOS 100, como saben los lectores, está por la desobediencia civil no violenta y a gran escala como medio de inducir al Gobierno británico (y a otros, esperamos, a su debido tiempo) a abandonar las armas nucleares y la protección que se supone que proporcionan. Muchos críticos han puesto la objeción de que la desobediencia civil es inmoral, especialmente allí donde el gobierno es democrático. Me propongo atacar este punto de vista. No en general, sino en el caso de la desobediencia civil no violenta a favor de ciertos objetivos propugnados por el Comité de los 100.

Hay que empezar con algunos principios abstractos de ética. Hablando en términos generales, hay dos tipos de teoría ética. Uno, cuyo mejor ejemplo lo constituye el Decálogo, establece normas de conducta que se supone que son válidas en todos los casos, independientemente de los efectos a que su obediencia dé lugar. La otra teoría, aun admitiendo que algunas normas de conducta son válidas en la gran mayoría de los casos, es capaz de tener en cuenta las consecuencias de las acciones y de permitir violaciones de las normas cuando las consecuencias de su obediencia son evidentemente indeseables. En la práctica, la mayor parte de la gente adopta el segundo punto de vista y sólo acude al primero en las discusiones con los contrincantes.

Veamos unos pocos ejemplos. Supongamos que un fornicador, aquejado de hidrofobia, está a punto de matar a sus hijos y que el único modo de impedirlo es matarlo. Creo que muy poca gente consideraría injustificado que usted adoptase este método para salvar la vida de sus hijos. Quienes lo considerasen justificado no negarían que la prohibición de

asesinar sea casi siempre justa. Probablemente llegarían a decir que quitar la vida a un semejante no debería ser considerado asesinato en este tipo de supuestos. Definirían “asesinato” como “homicidio injustificable”. En este caso, el precepto de que asesinar está mal se convierte en una tautología,, pero la cuestión ética permanece: “¿Cuándo debe ser etiquetado como asesinato quitar la vida a un semejante?”. O tomemos el mandato de no robar. Casi todo el mundo estaría de acuerdo en que la inmensa mayoría de los casos es justo obedecer este mandato. Pero suponga que es usted un refugiado que huye con su familia de la persecución y que sólo robando puede conseguir comida. Mucha gente estaría de acuerdo en que está justificado que usted robe. La única excepción serían quienes defendiesen la tiranía de la que usted está intentando escapar.

Se han dado muchos casos en la historia que no resultaban tan claros. En los tiempos del papa Gregorio VI, la simonía estaba a la orden del día en la Iglesia. El papa Gregorio VI llegó a Papa mediante la simonía y lo hizo con el propósito de abolir-

la. En esto tuvo mucho éxito, y el éxito total fue alcanzado por su discípulo y admirador, el papa Gregorio VII, que fue uno de los Papas más ilustre. No voy a dar mi parecer acerca de la conducta de Gregorio VI, que ha venido siendo un tema controvertido hasta nuestros días.

La única norma, en estos casos dudosos, es considerar las consecuencias de la acción en cuestión. Debemos incluir entre estas consecuencias el efecto malo de debilitar el respeto por una norma que es justa en la mayoría de los casos. Pero, incluso cuando este efecto es tomado en cuenta, hay casos en los que la norma de conducta más generalmente aceptable debería ser violada.

Hasta aquí la teoría general. Ahora voy a ocuparme más concretamente del problema moral que estamos tratando.

¿Qué hay que decir acerca de una norma que ordena respetar la ley? Consideremos en primer lugar los argumentos en favor de una norma de este tipo. Sin ley una comunidad civilizada es imposible. Donde haya una general falta de respeto por la

ley, seguro que se seguirán todo tipo de consecuencias perniciosas. Un notable ejemplo fue el fracaso de la ley seca en América. En este caso resultó obvio que el único remedio posible era cambiar la ley, desde el momento en que era imposible conseguir que la ley, tal como estaba, fuera respetada. Este punto de vista fue el que prevaleció a pesar de quienes violan la ley no lo hacían por lo que se suele llamar motivos de conciencia. Este caso pone en evidencia que el respeto por la ley tiene dos caras. Si se quiere que la ley sea respetada, debe ser considerada digna de respeto.

El argumento más importante en favor del respeto por la ley es que, en controversias entre dos partes, sustituye la parcialidad privada que se daría probablemente en ausencia de la ley por una autoridad neutral. La fuerza que puede ejercer la ley es, en muchos casos, irresistible y, por consiguiente, sólo es necesario que se la invoque en el supuesto de una minoría de irresponsables criminales. El resultado neto es una comunidad en la que la mayor parte de la gente es pacífica. Estas razones en favor del imperio de la ley son admitidas en la mayoría de los casos, excep-

to por los anarquistas. No deseo discutir su validez excepto en casos excepcionales.

Hay un tipo muy amplio de supuestos en los que la ley no tiene el mérito de ser imparcial como lo es con relación a los particulares en disputa. Se dan cuando una de las partes es el Estado. El Estado hace las leyes y, a menos que haya una opinión pública muy atenta en defensa de las libertades justificables, el Estado hará la ley a su propia conveniencia, la cual puede no corresponderse con el interés público. En los procesos de Nuremberg fueron condenados criminales de guerra por obedecer las leyes del Estado, aunque su condena fue sólo posible una vez que el Estado en cuestión fue vencido militarmente. Es de destacar, sin embargo, que las potencias que vencieron a Alemania estuvieron de acuerdo en que abstenerse de practicar la desobediencia civil puede ser merecedor de castigo.

Quienes critican la forma particular de desobediencia civil que estoy intentando justificar mantienen que las violaciones de la ley, aun cuando puedan estar justificadas bajo un régi-

men despótico no pueden nunca estar justificadas en una democracia. No encuentro en absoluto válida esta aseveración. Hay muchos casos en los que gobiernos nominalmente democráticos dejan de hacer efectivos principios que los amigos de la democracia respetarían. Tomemos por ejemplo el caso de Irlanda antes de alcanzar la independencia. Formalmente los irlandeses tenían los mismos derechos democráticos que los británicos. Podían enviar sus representantes a Westminster y defender su postura mediante todos los procedimientos democráticos admitidos. Sin embargo, a pesar de ello, estaban en minoría, que habría sido permanente si se hubieran limitado a los métodos legales. Ganaron su independencia violando la ley. Si no la hubieran violado, no habrían podido ganar.

Hay muchas otras formas por las que los gobiernos nominalmente democráticos dejan de serlo en la práctica. Una gran cantidad de cuestiones son tan complejas que sólo un pequeño número de expertos puede comprenderlas. Cuando se suben o se bajan los tipos de interés, ¿qué proporción del electorado puede

juzgar si era correcto o no hacerlo? Y si alguien que no tenga una posición oficial critica la acción del Banco de Inglaterra, los únicos testigos con la suficiente autoridad serán las personas responsables de lo que se ha hecho o las estrechamente relacionadas con ellas. No sólo en cuestiones financieras: todavía más en cuestiones militares y diplomáticas, hay en todo estado civilizado una técnica de ocultamiento ampliamente desarrollada. Si el gobierno quiere que un hecho determinado no sea conocido, casi todos los medios de comunicación le ayudan en el ocultamiento. En tales casos, sucede frecuentemente que la verdad sólo llega a ser conocida, si es que llega a serlo, por medio de persistentes y sacrificados esfuerzos que acarrearán vilipendio e incluso deshonra personal. En ocasiones, si el asunto suscita suficiente pasión, la verdad llega a ser conocida al final. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso Dreyfus. Pero si el asunto es menos sensacional, el votante ordinario será probablemente dejado en la ignorancia.

Por estas razones, la democracia, aun cuando mucho menos susceptible a los abusos que la dictadura, no es en absolu-

to inmune a los abusos de poder por parte de la autoridad o de intereses corruptos. Si se quiere preservar libertades valiosas es necesario que exista gente dispuesta a criticar a la autoridad e incluso, si se da el caso, a desobedecerla.

Quienes proclaman a voces su respeto por la ley no se dan cuenta, en muchos casos, de que el imperio de la ley debería extenderse a las relaciones internacionales. En las relaciones entre estados, la única ley que existe aún hoy es la ley de la jungla. Lo que decide un conflicto es que parte puede causar un mayor número de muertos a la otra parte. Quienes no aceptan este criterio son susceptibles de ser acusados de falta de patriotismo. Esto hace imposible no sospechar que la ley sólo es valorada donde ya existe y no como una alternativa a la guerra.

Esto me lleva al tipo particular de desobediencia civil no violenta propugnada y practicada por el Comité de los 100. Quienes estudian las armas nucleares y el curso probable de la guerra nuclear están divididos en dos grupos. Hay gente que trabaja para el gobierno y, por otro lado, gente de la calle que se ha

puesto en movimiento porque se ha dado cuenta de los peligros y catástrofes que es probable que sucedan si la política de los gobiernos no cambia. Hay unos cuantos temas en discusión. Mencionaré algunos. ¿Cuál es la probabilidad de que se provoque accidentalmente una guerra nuclear? ¿Cuántas bajas hay que temer? ¿Qué proporción de la población es probable que sobreviva a una guerra nuclear total? Estudiosos independientes encuentran que las respuestas dadas a estas cuestiones por los propagandistas oficiales y por los políticos aparecen grave y peligrosamente equivocadas a un observador imparcial. Dar a conocer a la población en general qué repuestas a estas preguntas consideran los investigadores independientes que son las correctas es una empresa difícil. Cuando es difícil averiguar la verdad, existe una tendencia natural a creer lo que afirman las autoridades oficiales. Especialmente en aquellos casos en que esto permite a la gente considerar sus inquietudes innecesariamente alarmistas y rechazarlas. Los más importantes medios de comunicación se consideran a sí mismos parte del Establishment y se mues-

tran muy reacios a proceder de modo que desagrade al Establishment. Una larga y frustrada experiencia nos ha demostrado a quienes hemos intentado dar a conocer hechos desagradables que los métodos ortodoxos por sí solos son insuficientes. Mediante la desobediencia civil un cierto tipo de publicidad es posible. Se informa acerca de lo que hacemos aunque, en la medida en que se pueda evitarse, las razones por lo que lo hacemos no son mencionadas. La política de suprimir nuestras razones sólo tiene, sin embargo, un éxito parcial. Mucha gente se siente inclinada a indagar acerca de temas que se ha querido que ignoren. Muchas personas, especialmente entre la gente joven, llegan a compartir la opinión de que los gobiernos están llevando hacia la destrucción a poblaciones enteras mediante mentiras y evasivas. No parece improbable que, al final, un movimiento irresistible de protesta popular obligue a los gobiernos a dejar que sus súbditos continúen existiendo. Estamos convencido, en base a una larga experiencia, que este objetivo no puede ser alcanzado únicamente mediante métodos permitidos, por la ley. En lo que

a mí respecta, considero que está es la razón principal para poner en práctica la desobediencia civil.

Otra razón para intentar divulgar el conocimiento acerca de la guerra nuclear es la inminencia extrema del peligro. Los métodos legales de divulgación resultan demasiados lentos, y creemos, en base a la experiencia, que sólo el tipo de métodos que hemos adoptado puede extender el conocimiento necesario antes de que sea demasiado tarde. Tal como están las cosas, una guerra nuclear puede acaecer accidentalmente en cualquier momento. Cada día que pasa sin que estalle una guerra así podemos dar las gracias por nuestra suerte, pero no podemos esperar que la suerte dure indefinidamente. Cada día, a todas horas, la población británica puede perecer. Los estrategas y los negociadores se están dedicando a jugar a un juego del que las dilaciones parecen ser una de las reglas. Es urgente que las poblaciones del Este y del Oeste obliguen a ambas partes a darse cuenta de que el tiempo del que disponemos es limitado y de que, si se continúa de este modo, puede sobrevenir el desastre

en cualquier momento, y casi seguro que más pronto o más tarde sobrevendrá.

Hay, sin embargo, otra razón muy poderosa para utilizar la desobediencia civil no violenta que merece consideración. Los programas de exterminio masivo, en los que se gastan grandes cantidades de dinero público, tienen que llenar de horror a cualquier ser humano. Al Oeste se le dice que el comunismo es malo; al Este, que el capitalismo es malo. Cada una de las partes concluye que las naciones que favorecen a la otra deben ser ¡obliteradas!, por usar la expresión de Kruschev. No pongo en duda que cada una de las partes esté en lo cierto al pensar que una guerra nuclear destruiría el “ismo” de la otra parte; sin embargo, están equivocadas si piensan que una guerra nuclear podría implantar su propio “ismo”. Nada de lo que el Este o el Oeste consideran deseable puede ser el resultado de una guerra nuclear. Si se pudiera hacer comprender esto a ambas partes, sería posible que se dieran cuenta de que no hay victoria posible para ninguna de ellas, sino sólo la derrota total para las dos. Si este hecho abso-

lutamente evidente fuera admitido públicamente por Kruschey y Kennedy en un comunicado conjunto, podría negociarse un sistema de coexistencia que proporcionaría a cada una de las partes mil veces más de lo que podrían lograr por la guerra. La absoluta inutilidad de la guerra en la presente era resulta completamente obvia excepto para aquellos que han sido hasta tal punto educados en tradiciones pasadas que son incapaces de pensar en los términos del mundo que nos ha tocado vivir. Quienes protestamos contra la guerra y las arma nucleares no podemos estar de acuerdo con un mundo en el que cada hombre debe su libertad a la capacidad de su gobierno de causar cientos de millones de muertos apretando un botón. Esto es abominable y, antes de que parezca que consentimos en ello, estamos dispuestos, si fuera necesario, a ser proscritos y a sufrir vejación y cualquier dificultad que se pueda derivar del distanciarse de los esquemas gubernamentales. Esto es un horror. Estoy convencido de que en base a consideraciones puramente políticas nuestra postura es incontestable. Pero, por encima de todas las consideraciones po-

líticas, está la determinación de no ser cómplices del peor crimen que la humanidad haya contemplado jamás. Estamos espantados, justamente espantados, acusa del exterminio de seis millones de judíos por Hitler; sin embargo, los gobiernos del Este y del Oeste consideran tranquilamente la posibilidad de una matanza al menos cien veces mayor que la perpetrada por Hitler. Quienes se dan cuenta de la magnitud de este horror no pueden ni siquiera parecer estar de acuerdo en las políticas de las que surge. Es este sentimiento, más que cualquier cálculo político, lo que da fervor y fuerza a nuestro movimiento; un tipo de fervor y un tipo de fuerza que, si una guerra nuclear no acaba pronto con todos nosotros, hará crecer nuestro movimiento hasta que alcance el punto en que los gobiernos no puedan impedir dejar a la humanidad que sobreviva.



La desobediencia como problema psicológico y moral

Erich Fromm

Erich Fromm. 1980. *Sobre la desobediencia civil y otros ensayos*, Paidós, Barcelona, 1987, págs. 9-19.

Tomado de: <http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/dossier%20dc/fromm.htm>

REYES, SACERDOTES, SEÑORES FEUDALES, PATRONES DE INDUSTRIAS y padres han insistido durante siglos en que la obediencia es una virtud y la desobediencia es un vicio. Para presentar otro punto de vista, enfrentemos esta posición con la formulación siguiente: la historia humana comenzó con un acto de desobediencia, y no es improbable que termine por un acto de obediencia.

Según los mitos de hebreos y griegos, la historia humana se inauguró con un acto de desobediencia. Adán y Eva, cuando vivían en el Jardín del Edén, eran parte de la naturaleza; estaban

en armonía con ella, pero no la trascendía. Estaban en la naturaleza como el feto en el útero de la madre. Eran humanos, y al mismo tiempo aún no lo eran. Todo esto cambió cuando desobedecieron una orden. Al romper vínculos con la tierra y madre, al cortar el cordón umbilical, el hombre emergió de una armonía prehumana y fue capaz de dar el primer paso hacia la independencia y la libertad. El acto de desobediencia liberó a Adán y a Eva y les abrió los ojos. Se reconocieron uno a otro como extraños y al mundo exterior como extraño e incluso hostil. Su acto de desobediencia rompió el vínculo primario con la naturaleza y los transformó en individuos. El “pecado original”, lejos de corromper al hombre, lo liberó; fue el comienzo de la historia. El hombre tuvo que abandonar el Jardín del Edén para aprender a confiar en sus propias fuerzas y llegar a ser plenamente humano.

Los profetas, con su condición mesiánica, confirmaron la idea de que el hombre había tenido razón al desobedecer; que su “pecado” no lo había corrompido, sino que lo había liberado de las cadenas de la armonía prehumana. Para los profetas la

historia es el lugar en que el hombre se vuelve humano; al irse desplegando la historia el hombre desarrolla sus capacidades de razón y de amor, hasta que crea una nueva armonía entre él, sus congéneres y la naturaleza. Esta nueva armonía se describe como “el fin de los días”, ese periodo de la historia en que hay paz entre el hombre y el hombre, y entre el hombre y la naturaleza. Es un “nuevo” paraíso creado por el hombre mismo, y que él sólo pudo crear porque se vio forzado a abandonar el “viejo” paraíso como resultado de su desobediencia.

Como para el mito hebreo de Adán y Eva, también para el mito griego de Prometeo toda la civilización humana se basa en un acto de desobediencia. Prometeo, al robar el fuego a los dioses, echó los fundamentos de la evolución del hombre. No habría historia humana si no fuera por el “crimen” de Prometeo. Él, como Adán y Eva, es castigado por su desobediencia. Pero no se arrepiente ni pide perdón. Por el contrario, dice orgullosamente: “Prefiero estar encadenado a esta roca, antes que ser el siervo obediente de los dioses”.

El hombre continuó evolucionando mediante actos de desobediencia. Su desarrollo espiritual sólo fue posible porque hubo hombres que se atrevieron a decir no a cualquier poder que fuera, en nombre de su conciencia y de su fe, pero además su evolución intelectual dependió de su capacidad de desobediencia –desobediencia a las autoridades que trataban de amordazar los pensamientos nuevos, y a la autoridad de acendradas opiniones según las cuales el cambio no tenía sentido–.

Si la capacidad de desobediencia constituyó el comienzo de la historia humana, la obediencia podría muy bien, como he dicho, provocar el fin de la historia humana. No estoy hablando en términos simbólicos o poéticos. Existe la posibilidad, o incluso la probabilidad, de que la raza humana destruya la civilización y también toda la vida sobre la tierra en los cinco o diez años próximos. Esto no tiene ninguna racionalidad ni sentido. Pero el hecho es que si bien estamos viviendo técnicamente en la Era Atómica, la mayoría de los hombres –incluida la mayoría de los que están en el poder– viven aún emocionalmente en la

Edad de Piedra; que si bien nuestras matemáticas, astronomía y ciencias naturales son del siglo XX, la mayoría de nuestras ideas sobre política, el Estado y la sociedad están muy rezagadas respecto de la era científica. Si la humanidad se suicida, será porque la gente obedecerá a quienes le ordenan apretar los botones de la muerte; porque obedecerá a las pasiones arcaicas de temor, odio y codicia; porque obedecerá a clisés obsoletos de soberanía estatal y honor nacional. Los líderes soviéticos hablan mucho de revoluciones, y quienes estamos en el “mundo libre” hablamos mucho de libertad. Sin embargo, tanto ellos como nosotros desalentamos la desobediencia: en la Unión Soviética explícitamente y por la fuerza, y en el mundo libre implícitamente y con métodos más sutiles de persuasión.

Pero no quiero significar que toda desobediencia sea una virtud y toda obediencia un vicio. Tal punto de vista ignoraría la relación dialéctica que existe entre obediencia y desobediencia. Cuando los principios a los que se obedece y aquellos a los que se desobedece son inconciliables, un acto de obediencia a

un principio es necesariamente un acto de desobediencia a su contraparte, y viceversa. Antígona constituye el ejemplo clásico de esta dicotomía. Si obedece a las leyes inhumanas del Estado, Antígona debe desobedecer necesariamente a las leyes de la humanidad. Si obedece a estas últimas, debe desobedecer a las primeras. Todos los mártires de la fe religiosa, de la libertad y de la ciencia han tenido que desobedecer a quienes deseaban amordazarlos, para obedecer a su propia conciencia, a las leyes de la humanidad y de la razón. Si un hombre sólo puede obedecer y no desobedecer, es un esclavo; si sólo puede desobedecer y no obedecer, es un rebelde (no un revolucionario); actúa por cólera, despecho, resentimiento, pero no en nombre de una convicción o de un principio.

Sin embargo, para prevenir una confusión entre términos, debemos establecer un importante distingo. La obediencia a una persona, institución o poder (obediencia heterónoma) es sometimiento; implica la abdicación de mi autonomía y la aceptación de una voluntad o juicio ajenos en lugar del mío. La obediencia

cia a mi propia razón o convicción (obediencia autónoma) no es un acto de sumisión sino de afirmación. Mi convicción y mi juicio, si son auténticamente míos, forman parte de mí. Si los sigo, más bien que obedecer al juicio de otros, estoy siendo yo mismo; por ende, la palabra obedecer sólo puede aplicarse en un sentido metafórico y con un significado que es fundamentalmente distinto del que tiene en el caso de la “obediencia heterónoma”.

Pero esta distinción requiere aún dos precisiones más, una con respecto al concepto de conciencia y la otra con respecto al concepto de autoridad.

La palabra conciencia se utiliza para expresar dos fenómenos que son muy distintos entre sí. Uno es la “conciencia autoritaria”, que es la voz internalizada de una autoridad a la que estamos ansiosos de complacer y temerosos de desagradar. La conciencia autoritaria es lo que la mayoría de las personas experimentan cuando obedecen a su conciencia. Es también la conciencia de la que habla Freud, y a la que llama superyó. Este superyó representa las órdenes y prohibiciones del padre interna-

lizadas y aceptadas por el hijo debido al temor. Distinta de la conciencia autoritaria es la “conciencia humanística”; ésta es la voz presente en todo ser humano e independiente de sanciones y recompensas externas. La conciencia humanística se basa en el hecho de que como seres humanos tenemos un conocimiento intuitivo de lo que es humano e inhumano, de lo que contribuye a la vida y de lo que la destruye. Esta conciencia sirve a nuestro funcionamiento como seres humanos. Es la voz que nos reconduce a nosotros mismos, a nuestra humanidad.

La conciencia autoritaria (superyó) es también obediencia a un poder exterior a mí, aunque este poder haya sido internalizado. Conscientemente creo que estoy siguiendo a mi conciencia; en realidad, sin embargo, he absorbido los principios del poder; justamente debido a la ilusión de que la conciencia humanística y el superyó son idénticos, la autoridad internalizada es mucho más efectiva que la que experimento claramente como algo que no forma parte de mí. La obediencia a la “conciencia autoritaria”, como toda obediencia a pensamientos y poderes exterior-

res, tiende a debilitar la “conciencia humanística”, la capacidad de ser uno mismo y de juzgarse a sí mismo.

También debe precisarse, por otra parte, la afirmación de que la obediencia a otra persona es ipso facto sumisión, distinguiendo la autoridad “irracional” de la autoridad “racional”. Un ejemplo de autoridad racional es la relación que existe entre alumno y maestro; uno de autoridad irracional es la relación entre esclavo y dueño. Ambas relaciones se basan en el hecho de que se acepta la autoridad de la persona que ejerce el mando. Sin embargo, desde el punto de vista dinámico son de naturaleza diferente. Los intereses del maestro y del alumno, en el caso ideal, se orientan en la misma dirección. El maestro se siente satisfecho si logra hacer progresar al alumno; si fracasa, ese fracaso es suyo y del alumno. El dueño del esclavo, en cambio, desea explotarlo en la mayor medida de lo posible. Cuando más obtiene de él, más satisfecho está. Al mismo tiempo, el esclavo trata de defender lo mejor que puede sus reclamos de un mínimo de felicidad. Los intereses del esclavo y el dueño son antagónicos,

porque lo que es ventajoso para uno va en detrimento del otro. La superioridad de uno sobre otro tiene una función diferente en cada caso; en el primero, es la condición de progreso de la persona sometida a la autoridad, y en el segundo es la condición de su explotación. Hay otra, distinción paralela a ésta: la autoridad racional lo es porque la autoridad, sea la que posee un maestro o un capitán de barco que da órdenes es una emergencia, actúa en nombre de la razón que, por ser universal, podemos aceptar sin someternos. La autoridad irracional tiene que usar la fuerza o la sugestión, pues nadie se prestaría a la explotación si dependiera de su arbitrio evitarlo.

¿Por qué se inclina tanto el hombre a obedecer y por qué le es tan difícil desobedecer? Mientras obedezco al poder del Estado, de la Iglesia, o de la opinión pública, me siento seguro y protegido. En verdad, poco importa cuál es el poder al que obedezco. Es siempre una institución, u hombres, que utilizan de una u otra manera la fuerza y que pretenden fraudulentamente poseer la omnisciencia y la omnipotencia. Mi obediencia me hace par-

ticipar del poder que reverencio, y por ello me siento fuerte. No puedo cometer errores, pues ese poder decide por mí; no puedo estar solo, porque él me vigila; no puedo cometer pecados, porque él no me permite hacerlo, y aunque los cometa, el castigo es sólo el modo de volver al poder omnímodo.

Para desobedecer debemos tener el coraje de estar solos, errar y pecar. Pero el coraje no basta. La capacidad de coraje depende del estado de desarrollo de una persona. Sólo si una persona ha emergido del regazo materno y de los mandatos de su padre, sólo si ha emergido como un individuo plenamente desarrollado y ha adquirido así la capacidad de pensar y sentir por sí mismo, puede tener el coraje de decir “no” al poder, de desobedecer.

Una persona puede llegar a ser libre mediante actos de desobediencia, aprendiendo a decir no al poder. Pero no sólo la capacidad de desobediencia es la condición de la libertad; la libertad es también la condición de la desobediencia. Si temo a la libertad no puedo atreverme a decir “no”, no puedo tener el coraje de ser desobediente. En verdad, la libertad y la capacidad

de desobediencia son inseparables; de ahí que cualquier sistema social, político y religioso que proclame la libertad pero reprima la desobediencia, no puede ser sincero.

Hay otra razón por la que es tan difícil a desobedecer, a decir “no” a la autoridad. Durante la mayor parte de la historia humana la obediencia se identificó con la virtud y la desobediencia con el pecado. La razón es simple: hasta ahora, a lo largo de la mayor parte de la historia, una minoría ha gobernado a la mayoría. Este dominio fue necesario por el hecho de que las cosas buenas que existían sólo bastaban para unos pocos, y los demás debían conformarse con las migajas. Si los pocos deseaban gozar de las cosas buenas y, además de ello, hacer que los muchos los sirvieran y trabajaran para ellos, se requería una condición: que los muchos aprendieran a obedecer. Sin duda, la obediencia puede establecerse por la mera fuerza. Pero este método tiene muchas desventajas. Constituye una amenaza constante de que algún día los muchos lleguen a tener los medios para derrocar a los pocos por la fuerza; además, hay muchas clases de tra-

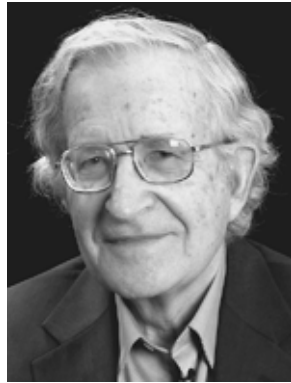
bajo que no pueden realizarse apropiadamente si la obediencia sólo se respalda en el miedo. Por ello la obediencia que sólo nace del miedo de la fuerza debe transformarse en otra que surja del corazón del hombre. El hombre debe desear, e incluso necesitar obedecer, en lugar de sólo temer la desobediencia. Para lograrlo, la autoridad debe asumir las cualidades del Sumo Bien, de la Suma sabiduría; debe convertirse en Omnisciente. Si esto sucede, la autoridad puede proclamar que la desobediencia es un pecado y la obediencia una virtud; y una vez proclamado esto, los muchos pueden aceptar la obediencia porque es buena, y detestar la desobediencia porque es mala, más bien que detestarse a sí mismos por ser cobardes. Desde Lutero hasta el siglo XIX se trataba de autoridades manifiestas y explícitas. Lutero, el Papa, los príncipes, trataban de sostenerlas; la clase media, los trabajadores, incluso los filósofos, trataban de derrocarlas.

La lucha contra la autoridad en el Estado y también en la familia era a menudo la base misma del desarrollo de una persona independiente y emprendedora. La lucha contra la autoridad era

inseparable de la inspiración intelectual que caracterizaba a los filósofos del Iluminismo y a los hombres de ciencia. Esta “inspiración crítica” se traducía en fe, en la razón y al mismo tiempo en duda respecto de todo lo que se dice o piensa, en tanto se base en la tradición, la superstición, la costumbre, la autoridad. Los principios *sapere aude* y de *omnibus est dubitandum* –“atrévete a usar tu sensatez” y “hay que dudar de todo”– eran características de la actitud que permitía y promovía la capacidad de decir “no”.

El caso de Adolf Eichmann es simbólico de nuestra situación y tiene un significado que va mucho más allá del que les preocupaba a sus acusadores en el tribunal de Jerusalén. Eichmann es un símbolo del hombre-organización, del burócrata alienado para el cual hombres, mujeres y niños se han transformado en números. Pero lo que más impresiona respecto de éste, es que después de relatados todos los hechos con su propia admisión, procedió con perfecta buena fe a alegar su inocencia. Está claro que si volviera a encontrarse en la misma situación, lo haría de nuevo. Y también lo haríamos nosotros –y lo hacemos–.

El hombre-organización ha perdido su capacidad de desobedecer, ni siquiera se da cuenta del hecho de que obedece. En este punto de la historia, la capacidad de dudar, de criticar y de desobedecer puede ser todo lo que media entre la posibilidad de un futuro para la humanidad, y el fin de la civilización.



Sobre la resistencia

Noam Chomsky

Noam Chomsky. 1969. *American power and the new mandarins*.

Tomado de:

[http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/
dossier%20dc/chomsky_01.htm](http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/dossier%20dc/chomsky_01.htm)

VARIOS MESES DESPUÉS DE LAS MANIFESTACIONES de Washington intento todavía ordenar mis impresiones de un mes cuya calidad política resulta difícil de captar o de expresar. Tal vez unas cuantas reflexiones personales puedan ser útiles para quienes comparten mi aborrecimiento instintivo por el activismo, pero se ven empujados hacia una crisis no deseada, pero casi inevitable.

Para muchos de los participantes, las manifestaciones de Washington han simbolizado el paso “del disenso a la resistencia”. Más adelante volveré sobre esta consigna y su signi-

ficado, pero quisiera dejar bien claro desde el principio que la considero no solamente ajustada al talante de las manifestaciones sino también, interpretada apropiadamente, adecuada a la situación actual de la protesta contra la guerra. En esta protesta hay una dinámica irresistible. Uno puede empezar escribiendo artículos y pronunciando discursos, contribuyendo de diversas maneras a crear un ambiente de preocupación y malestar. Unos cuantos, más valerosos, se volverán hacia la acción directa, negándose a ocupar su lugar entre los “buenos alemanes” que todos nosotros hemos aprendido a despreciar. Algunos se verán obligados a tomar esta decisión cuando sean llamados al servicio militar. Los senadores que disienten, los escritores y los profesores observarán cómo los jóvenes se niegan a servir en las fuerzas armadas, en una guerra que aborrecen. ¿Qué harán entonces? Quienes escriben y hablan en contra de la guerra, ¿pueden refugiarse en el hecho de no haber incitado o propugnado la resistencia en el reclutamiento, sino que simplemente han contribuido a crear un clima de opinión en el que cualquier perso-

na decente se negará a participar en una guerra miserable? He aquí una defensa muy débil. Tampoco es muy fácil aguardar desde una posición segura mientras otros se ven obligados a dar un paso desagradable y penoso. Lo cierto es que más de un millar de las tarjetas de reclutamiento devueltas al Departamento de Justicia el 20 de octubre procedían de hombres que pueden evitar el servicio militar, pero que insistían en compartir la suerte de los menos afortunados. De esta manera se ensancha el círculo de la resistencia. Pero, con absoluta independencia de esto, nadie puede dejar de advertir que en la medida en que suaviza su protesta, en que rechaza acciones que le son posibles, acepta ser cómplice de lo que hace el gobierno. Algunos actuarán de acuerdo con esta comprensión, planteando un agudo problema moral que ninguna persona consciente puede eludir.

El lunes 16 de octubre, escuché en el Boston Common cómo Howard Zinn explicaba por qué se sentía avergonzado de ser americano. Observé cómo varios centenares de jóvenes, alumnos míos algunos de ellos, tomaban una decisión terrible

que ninguna persona joven debería afrontar: romper su inscripción en el Selective Service System. La semana finalizó el lunes siguiente con una apacible discusión en Cambridge en la que escuché cálculos del número de megatones nucleares que serían necesarios para “eliminar” a Vietnam del Norte (“Algunos considerarán esto espantoso, pero...”; “Ninguna personalidad civil del gobierno sugiere esto, que yo sepa...”; “No empleemos términos emotivos como ‘destrucción’”, etc.), y oí a un destacado experto en cuestiones soviéticas que explicaba cómo los hombres del Kremlin están observando los acontecimientos muy atentamente para decidir si las guerras de liberación nacional pueden tener éxito; de ser así, las apoyarán en todo el mundo. (Inténtese decirles a esos expertos que –con estos presupuestos–, si los hombres del Kremlin son racionales apoyarán docenas de esas guerras desde ahora porque con un coste pequeño pueden confundir a los militares americanos y romper en pedazos nuestra sociedad, y contestarán que uno no comprende el alma rusa.)

El fin de semana de las manifestaciones de la paz Washington me dejó impresiones vivas e intensas, pero cuyas implicaciones no están claras para mí. El recuerdo predominante es el de la escena misma, de decenas de millares de jóvenes rodeando lo que consideraban –y debo decir que estoy de acuerdo con ellos– la institución más abominable de la tierra, y exigiendo que deje de imponer la miseria y la destrucción. Decenas de millares de jóvenes. Me resulta difícil comprenderlo. Es lamentable, pero cierto, que en su abrumadora mayoría son jóvenes quienes son golpeados mientras permanecen inmóviles; que son jóvenes quienes tienen que decidir si aceptan la prisión o el exilio, o luchar en una guerra odiosa. Tienen que afrontar esta decisión solos o casi solos. Tendríamos que preguntarnos por qué es así.

¿Por qué, por ejemplo, el senador Mansfield se siente “avergonzado por la imagen que han dado de este país”, y no se siente avergonzado por la imagen de este país que da la institución con que estos jóvenes se enfrentan? Se trata de una institución dirigida por hombres cuerdos, equilibrados y eminentemente razona-

bles, que pueden prestar declaración tranquilamente ante el Congreso de que cantidad de material bélico gastado en Vietnam ha superado el total gastado en Alemania e Italia en Italia en la segunda guerra mundial. ¿Por qué el senador Mansfield puede hablar con frases altisonantes de quienes no hacen honor a nuestro compromiso de “un gobierno de leyes”, refiriéndose a un pequeño grupo de manifestantes, y no a los noventa y pico senadores que aguardan, con plena consciencia, mientras que el Estado al que sirven viola de manera flagrante las disposiciones explícitas de la Carta de las Naciones Unidas, la ley suprema de la tierra? Sabe muy bien que con anterioridad a nuestra invasión del Vietnam no hubo ningún ataque armado contra Estado alguno. Después de todo, fue el senador Mansfield quién nos informó de que “cuando empezó, a principios de 1965, el fuerte incremento del esfuerzo militar americano, se calculaba que solamente unos 400 soldados norvietnamitas figuraban entre las fuerzas enemigas en el Sur, que en aquella época totalizaban 140,000 hombres”; también es el Informe Mansfield el que nos dice que en aquella época había ya

34,000 soldados americanos en Vietnam del Sur, en violación de nuestro “solemne compromiso” de Ginebra en 1954.

Y la cuestión no acaba aquí. Tras las primeras Jornadas Internacionales de Protesta en octubre de 1965, el senador Mansfield criticó la “falta absoluta de responsabilidad” mostrada por los manifestantes. Entonces no tenía nada que decir –ni tampoco ha tenido nada que decir después– sobre la “falta absoluta de responsabilidad” evidenciada por el senador Mansfield y otros, que permanecen tranquilos y votan créditos especiales cuando las ciudades y aldeas de Vietnam del Norte son demolidas y cuando en el sur millones de refugiados se ven expulsados de sus casas por el bombardeo norteamericano. No tiene nada que decir sobre los patrones morales o el respeto por el derecho de quienes han permitido esta tragedia.

Me refiero al senador Mansfield precisamente porque no es un superpatriota con el garrote en alto deseoso de que América domine el mundo, sino más bien un intelectual americano en el mejor sentido de la palabra, un hombre culto y razonable; esto es:

la clase de hombre que constituye el terror de nuestra época. Aco-
so se trate solamente de una reacción personal mía, pero cuando
veo lo que le está sucediendo a nuestro país, creo que lo más te-
rrible no son hombres como Custis LeMay, con su animada inci-
tación a que bombardeemos todo y volvamos a la Edad de Pie-
dra, sino más bien las apacibles disquisiciones de los científicos
políticos acerca de cuánta fuerza será necesaria para conseguir
nuestros fines, o sobre qué forma de gobierno en Vietnam del Sur
nos resulta aceptable. Lo que considero aterrador es el distan-
ciamiento y la ecuanimidad con que contemplamos y discutimos
una tragedia insoportable. Todos sabemos que si Rusia o China
fueran culpables de lo que nosotros hemos hecho en Vietnam es-
tallaríamos de indignación por sus monstruosos crímenes.

Creo que hubo un serio error de cálculo al planear las ma-
nifestaciones de Washington. Se esperaba que la marcha sobre
el Pentágono fuera seguida de cierto número de discursos y que
quienes se veían obligados a la desobediencia civil se separarían
entonces de la multitud y se dirigirían al Pentágono, a unos cen-

tenares de metros de campo abierto. Yo había decidido no participar en la desobediencia civil, y no conozco con detalle lo que se había planeado. Como todo el mundo puede comprender, es muy difícil distinguir la racionalidad en cuestiones como éstas. Me parece, sin embargo, que los primeros actos de desobediencia civil a gran escala deberían estar definidos claramente a quienes se niegan a servir en Vietnam, sobre quienes ha de caer inevitablemente la verdadera carga del disenso. Pese a valorar el punto de vista de quienes deseaban expresar su odio a la guerra de una manera muy explícita, no estaba convencido de que la desobediencia civil en el Pentágono fuera significativa o eficaz.

En todo caso, lo que realmente ocurrió fue muy distinto de lo que todo el mundo había esperado. Unos cuantos millares de personas se reunieron para los discursos, pero la masa de los componentes de la marcha se dirigió directamente al Pentágono, algunos porque fueron simplemente arrastrados. Desde el estrado de los oradores donde yo estaba resultaba difícil distinguir qué pasaba exactamente en el Pentágono. Todo lo que po-

díamos ver era la oleada de la multitud. Por informaciones de segunda mano comprendí que los manifestantes desfilaban ante la línea de tropas y tomaban una posición, que mantuvieron, en las escaleras del Pentágono. Pronto fue obvio que para los pocos organizadores de la marcha y el grupo de mediana edad que habían reunido junto a ellos era equivocado permanecer en la tribuna de oradores mientras los manifestantes, muchos de ellos muy jóvenes, estaban en el Pentágono (recuerdo haber visto cerca de la tribuna a Robert Lowell, Dwight Macdonald, monseñor Rice, Sidney Lens, Benjamin Spock y su mujer, Dagmar Wilson y Donald Kalsih). Dave Dellinder sugirió que intentáramos acercarnos al Pentágono. Encontramos un lugar no bloqueado todavía por los manifestantes, y avanzamos hasta la línea de tropas que permanecían a pocos pasos del edificio. Dellinger sugirió que aquellos de nosotros que no habían hablado todavía durante la reunión hablaran directamente a los soldados por medio de un pequeño amplificador portátil. Monseñor Rice tomó la palabra y yo le seguí. Mientras estaba hablando, la línea de soldados

avanzó dejándome atrás, experiencia más bien desagradable. No recuerdo exactamente lo que estaba diciendo. Se trataba, supongo, de que estábamos allí porque no queríamos que los soldados mataran y fueran muertos, pero recuerdo en cambio la sensación de que lo que yo estaba diciendo me pareció necio e irrelevante.

El avance de la línea de soldados había fragmentado parcialmente el pequeño grupo que había llegado con Dellinger. Los que habíamos quedado atrás de la línea de soldados nos reagrupamos, y el doctor Spock empezó a hablar. Casi al mismo tiempo surgió de alguna parte otra línea de soldados, esta vez en formación cerrada y fusiles en mano, y avanzó lentamente hacia adelante. Nosotros nos sentamos en el suelo. Como he dicho anteriormente, yo no tenía intención de participar en ningún acto de desobediencia civil hasta el momento. Pero cuando aquel grotesco organismo empezó a avanzar lentamente —y era más grotesco porque sus células eran seres humanos que se podían reconocer—, se hizo evidente que no se podía permitir que aquella cosa dictara lo que debíamos hacer. Fui detenido al ins-

tante por un agente federal, presumiblemente por resistencia a los soldados. Quisiera añadir que éstos, por lo que pude ver (que no fue mucho), parecían más bien descontentos por los acontecimientos, y fueron tan comedidos como es posible ser cuando se ha ordenado (supongo que hubo una orden) patear y golpear a gente pasiva y tranquila que se niega a moverse. Los agentes federales, presumiblemente, eran muy diferentes. Me recordaban a los funcionarios de policía que había visto en una cárcel de Jackson, Mississippi, hace varios años, los cuales se habían echado a reír cuando un viejo nos mostró un ensangrentado vendaje casero en la pierna y trató de describirnos cómo había sido golpeado por la policía. En Washington, quienes lo pasaron peor a manos de los agentes fueron los muchachos y muchachas jóvenes, especialmente los muchachos con cabellos largos. Nada parecía excitar más el sadismo de los agentes que la visión de un muchacho con el cabello largo. Sin embargo, aunque presencié algunos actos de violencia por parte de los agentes, su comportamiento parecía ir en general de la indiferencia a la asquerosi-

dad. Por ejemplo, nos mantuvieron en un vehículo de la policía durante una o dos horas con todas las puertas cerradas y solamente unos orificios de ventilación; debían decirse que nunca se tiene suficiente cuidado con semejantes tipos criminales.

En el dormitorio de la cárcel y tras mi liberación oí muchos relatos, de cuya autenticidad estoy seguro, sobre el valor de los jóvenes, muchos de los cuales estaban asustados por el terrorismo que empezó a última hora de la noche; después de que se hubieran ido los operadores de televisión y los periodistas. Permanecieron sentados inmóviles hora tras hora en medio del frío de la noche; muchos fueron pateados, golpeados y arrastrados entre filas de policías. También escuché relatos, angustiosos, de provocaciones a las tropas por parte de los manifestantes –generalmente, al parecer, no en las filas delanteras–. No hay duda de que esto era inexcusable. Los soldados son instrumentos de terror inconscientes; no se puede condenar o atacar el garrote que se emplea para golpear hasta la muerte a alguien. Son también seres humanos, con una sensibilidad a la que también se pue-

de recurrir. De hecho, hay pruebas de que un soldado, y tal vez tres o cuatro, se negó a obedecer las órdenes y fue arrestado. Los soldados, después de todo, se hallan en gran parte en la misma situación que quienes se resisten al reclutamiento. Si obedecen las órdenes, resultan embrutecidos por lo que hacen; si no las obedecen, las consecuencias son duras. Se trata de una situación que merece compasión, no injurias. Pero en esta cuestión debemos conservar el sentido de las proporciones. Todo lo que he visto y oído indica que los manifestantes desempeñaron sólo un papel secundario al iniciar la violencia que tuvo lugar.

El argumento de que la resistencia a la guerra debe seguir siendo estrictamente no violenta me parece de una fuerza abrumadora. Como táctica, la violencia es absurda. Nadie puede competir con el gobierno en este terreno, y el recurso a la violencia, que seguramente fracasaría, simplemente espantaría y alejaría del movimiento a algunos que pueden ser atraídos por él, y animaría más aún a los ideólogos y a los ejecutores de la represión violenta. Es más: uno desconfía en que los participantes en la resistencia no

violenta se conviertan en seres humanos de calidad superior. Nadie puede dejar de sentirse impresionado por las cualidades personales de quienes han llegado a la madurez en el movimiento de los derechos civiles. Independientemente de lo que haya conseguido, el movimiento de los derechos civiles ha hecho una aportación inestimable a la sociedad americana al transformar la vida y el carácter de quienes participan en él. Tal vez un programa de resistencia no violenta, basado en principios sólidos, pueda conseguir lo mismo con otras muchas personas en las particulares circunstancias con que nos enfrentamos hoy. No es imposible que esto pueda salvar el país de un futuro terrible, de una generación más que considere inteligente discutir el bombardeo de Vietnam del Norte como una cuestión de táctica y de coste, o que apoye nuestro intento de conquistar Vietnam del Sur, con el coste humano de todos conocido, afirmando suavemente que “nuestra motivación fundamental es el interés propio, el interés de nuestro propio país en un mundo estremecido” (Comité de Ciudadanos para la Paz en la Libertad, New York Times, 26 de octubre de 1967).

Volviendo a las manifestaciones, debo admitir que me sentí aliviado al encontrar a gente a la que había respetado durante años en el dormitorio de la prisión, a Norman Mailer, Jim Peck, Dave Dellinger y algunos más. Creo que fue reconfortante para muchos de los chicos que había allí poder sentir que no estaban completamente separados del mundo que conocían y de las personas que a las que admiraban. Resultaba emocionante ver cómo muchachos indefensos que tenía mucho que perder deseaban ser encarcelados por lo que creían –jóvenes ayudantes de las universidades del Estado, muchachos de los *colleges* que tenían ante sí un espléndido futuro si seguían la línea recta, y muchos otros a los que no pude identificar–.

¿Qué vendrá ahora? Obviamente, está es la cuestión en que piensa todo el mundo. La consigna “Del disentimiento a la resistencia”, tiene sentido, creo, pero confío en que no se dé por supuesto que el disentimiento debe cesar. El disentimiento y la resistencia no son alternativas excluyentes, sino actividades que deben reforzarse mutuamente. No hay razón alguna para que quienes

participan en la negativa a pagar impuestos, en la resistencia al servicio militar y en otras formas de resistencia no hablen también a grupos religiosos, o en foros ciudadanos, o se mezclen en la política electoral para apoyar a los candidatos partidarios de la paz o referéndums sobre la guerra. Sé por experiencia que frecuentemente quienes se han implicado más profundamente en estos intentos de persuasión. Dejando de lado por un momento la cuestión de la resistencia, creo que debe subrayarse que los días de “explicación paciente” distan mucho de haber terminado. A medida que van llegando ataúdes al país aumentan los impuestos, mucha gente que antes estaba dispuesta a aceptar al gobierno se preocupará cada vez más por intentar pensar por sí misma. Las razones de este cambio suyo son lamentables, pero las posibilidades abiertas a la actividad educativa, no obstante, son muy buenas.

Por otra parte, el reciente cambio en la línea de la propaganda gubernamental ofrece importantes posibilidades para el análisis crítico de la guerra. En la defensa reciente de la guerra norteamericana en Vietnam hay una nota de estridente des-

peración. Oímos hablar cada vez menos de “dar la libertad y la democracia” a los sudvietnamitas y cada vez más del “interés nacional”. El secretario de Estado Rusk va rumiando los peligros que nos plantean los mil millones de chinos; le vicepresidente nos dice que estamos luchando contra “el comunismo asiático militante” que tiene “sus cuarteles generales en Pekín”, y añade que una victoria del Vietcong amenazaría directamente a los Estados Unidos; Eugene Rostow afirma que “no es bueno construir ciudades modelos si han de ser bombardeadas en el plazo de veinte años”, etc. (todo eso es “un insulto frívolo a la Marina norteamericana”, como comentó justamente Walter Lippmann).

El cambio en la propaganda facilita mucho que el análisis crítico ataque el problema de Vietnam en su centro mismo, que se halla en Washington y Boston y no en Saigón y Hanoi. Después de todo, hay algo de ridículo en la atención que conceden quienes se oponen a la guerra a los problemas políticos y sociales de Vietnam. Quienes se oponían a la conquista japonesa de Manchuria, hace una generación, no destacaron los problemas políti-

co, sociales y económicos de Manchuria, sino los de Japón. No se embarcaron en una grotesca discusión sobre el grado exacto de apoyo de que gozaba el emperador títere, sino que examinaron las fuentes del imperialismo japonés. Ahora, quienes se oponen a la guerra pueden volver su atención mucho más fácilmente a la fuente de la agresión, a nuestro propio país, a su ideología y a sus instituciones. Podemos preguntar cuáles son los “intereses” a que sirven 100,000 bajas y 100,000 millones de dólares gastados en el intento de dominar un pequeño país al otro extremo de la tierra. Podemos mostrar el absurdo de la idea de que estamos “conteniendo a China” al destruir a las fuerzas populares e independientes situadas en sus fronteras, y el cinismo de la pretensión de que estamos en el Vietnam porque “para los americanos la paz y la libertad son inseparables” y porque “la supresión de la libertad” no debe “quedar sin castigo” (se trata una vez más, de palabras del Comité de Ciudadanos). Podemos preguntar por qué quienes esto afirman no sugieren el envío de la fuerza expedicionaria norteamericana a Taiwán, Rhodesia, Grecia o

Mississippi, sino solamente a Vietnam, donde pretendemos hacernos creer que el gran agresor Mao Tsetung está emprendiendo una política hitleriana a su manera astuta, cometiendo una agresión sin tropas y anunciando por mediación de Lin Piao que las guerras indígenas de liberación nacional no pueden esperar de China más que apoyo moral. Podemos preguntar por qué el secretario de Defensa McNamara lee formulaciones como éstas como si se tratara de un nuevo *Mein Kampf*, o por qué quienes admiten que “un régimen comunista vietnamita probablemente sería... antichino” (Ithiel de Sola Pool, *Asian Survey*, agosto de 1967) firman a pesar de todo declaraciones que pretenden que en Vietnam nos estamos enfrentando a los expansionistas agresores de Pekín. Podemos preguntar qué factores de la ideología americana hacen tan fácil que hombres inteligentes y bien informados digan que “en Vietnam del Sur solamente insistimos en que pueda decidir libremente su propio futuro” (Comité de Ciudadanos), aunque saben muy bien que el régimen que hemos impuesto ha excluido a todos los que participaron en la lucha

contra el colonialismo francés, “y lo ha hecho justamente” (secretario de Estado Rusk, 1963); que desde entonces hemos estado intentando eliminar una “insurrección civil” (general Stillwell) encabezada por el único “auténtico partido político con base de masas en Vietnam del Sur” (Douglas Pike); que hemos supervisado la destrucción de la oposición budista; que hemos ofrecido a los campesinos una “elección libre” entre el gobierno de Saigón y el Frente Nacional de Liberación reuniéndolos en aldeas estratégicas de las que son eliminados por la policía los cuadros y los simpatizantes del FNL (Roger Hilsman), y tanta otras cosas. La historia nos resulta familiar. Y debemos subrayar algo que tendría que ser obvio para cualquier persona con una pizca de inteligencia política: que el actual problema del mundo no es “contener a China” sino contener a los Estados Unidos.

Pero –y esto es lo más importante– podemos plantear la cuestión realmente fundamental. Supongamos que fuera un “interés nacional” norteamericano arrasar una pequeña nación que se niega a someterse a nuestra voluntad. En este caso,

¿sería legítimo y apropiado actuar según nuestro interés nacional? Los Rusk, los Humphrey y el Comité de Ciudadanos dicen que sí. Nada podría mostrar más claramente que estamos siguiendo el camino de los agresores fascistas de hace una generación.

Naturalmente, no hallamos en un medio ambiente interno e internacional muy diferente del de los ciudadanos de Alemania o Japón. Aquí protestar no exige heroísmo. Tenemos muchos caminos abiertos ante nosotros para dejar bien claro que no hay un derecho para los Estados Unidos y otro para el resto de la humanidad; para dejar bien claro que nadie nos ha designado como jueces y verdugos de Vietnam o de cualquier otra parte. En los dos últimos años han sido explotados muchos de estos caminos, dentro y fuera de la Universidad. No puede ponerse en duda que este esfuerzo debe continuar y aumentar hasta el grado límite de compromiso posible.

Algunos parecen creer que la resistencia “oscurecerá” al movimiento de paz y le hará difícil alcanzar a simpatizantes po-

tenciales por conductos más familiares. No estoy de acuerdo con esta objeción, pero creo que no puede descartarse a la ligera. La resistencia que esperamos que salve de la destrucción al pueblo de Vietnam debe seleccionar los problemas con se enfrente y los medios a emplear, de modo que se atraiga tanto apoyo popular como sea posible mediante sus esfuerzos. No faltan cuestiones claras y medios honrosos, sin duda, y por tanto no hay razón para ser empujados a acciones dudosas o a cuestiones ambiguas. En particular, me parece que la resistencia al reclutamiento, realizada de la manera apropiada (como se ha echo hasta ahora), no solamente es un acto valeroso y de elevados principios sino que puede conseguir plantear los problemas de la complicidad pasiva en la guerra, que en la actualidad se dejan muy de lado. Quienes se enfrenten con estos problemas pueden incluso liberarse de las presiones ideológicas de la vida americana que destruyen el espíritu, y plantearse problemas serios acerca del papel de Norteamérica en el mundo.

Por otra parte, me parece que esta objeción a la resistencia no está formulada adecuadamente. El “movimiento de paz” existe solamente en las fantasías de la derecha paranoide. Quienes consideran objetables algunos de los medios empleados o de los fines perseguidos pueden oponerse a la guerra de otras maneras. No pueden ser expulsado de un movimiento inexistente; solamente tienen que condenarse a sí mismos si no hacen uso de las demás formas de protesta accesibles.

He dejado para el final lo más importante, la única cuestión sobre la que tengo algo que decir. Se trata de la cuestión de las formas que debe adoptar la resistencia. Todos nosotros participamos en la guerra en mayor o menor medida, aunque sólo sea pagando impuestos y permitiendo que nuestra sociedad funcione suavemente. Una persona tiene que escoger por sí misma el punto a partir del cual se negará simplemente a continuar participando en ella. Y al llegar a ese punto, se verá enrolada en la resistencia. Creo que las razones para la resistencia que he mencionado ya son válidas: contienen un elemento moral inelimi-

nable que admite esta discusión. La cuestión se le plantea de la forma más pura al muchacho que se enfrenta al servicio obligatorio y en la forma algo más complicada a aquel que tienen que decidir entre participar en un sistema de servicio selectivo o pasar la carga de éste a otros menos afortunados y menos privilegiados. Me resulta difícil comprender cómo puede negarse alguien a comprometerse, de alguna manera, en el mismo combate que estos jóvenes. Hay muchas maneras de hacerlo: asistencia jurídica y ayuda financiera, participación en manifestaciones de solidaridad, asesoría sobre los problemas de reclutamiento, organización de comités de resistencia al reclutamiento o de asociaciones de resistencia de base comunitaria, o ayuda a quienes desean huir del país; se trata de las medidas propuestas por los clérigos que anunciaron recientemente estar dispuestos a compartir la suerte de quienes fueran enviados a la cárcel. Sobre este aspecto del programa de la resistencia, nada tengo que decir que no resulte obvio para cualquiera que desee considerar a fondo la cuestión.

Como táctica política, la resistencia exige una reflexión cuidadosa, y yo no pretendo tener ideas muy claras sobre ello. Buena parte de ello depende de cómo se desarrollen los acontecimientos en los próximos meses. La guerra de desgaste de Westmoreland puede continuar simplemente sin que sea previsible su final, pero la situación política de los Estados Unidos la hace difícil. Si los republicanos no deciden nuevamente desperdiciar las elecciones, podrían adoptar una estrategia de victoria: pueden afirmar que acabarán con la guerra y ser ambiguos acerca de los medios para conseguirlo. En tales circunstancias, sería difícil que Johnson permitiera la continuación del actual empate militar. En ese caso, hay varias posibilidades. La primera es la retirada norteamericana, sean cuales fueren los términos en que se apoye. Puede disfrazarse de retirada a unos “enclaves”, de los cuales las tropas serían retiradas posteriormente. Puede ser acordada por una conferencia internacional, o permitiendo que el gobierno de Saigón trate de hacer la paz entre los combatientes sudvietnamitas y luego nos diga que nos retiremos. Esta política puede ser factible

políticamente; las mismas empresas de relaciones públicas que acuñaron expresiones como “desarrollo revolucionario” pueden pintar la retirada como una victoria. No sé si en el ejecutivo hay alguien con el valor o la imaginación necesarios para apoyar esta orientación. Cierta número de senadores proponen, en esencia que se siga esta política, al igual que determinados críticos de la guerra como Walter Lippmann y Hans Morgenthau, si no les he comprendido mal. Philippe Devillers, en *Le Monde* hebdomadaire del 26 de octubre de 1967, esboza un plan detallado y altamente razonable para conjugar la retirada con unas elecciones nuevas y más significativas en Vietnam del Sur. Pueden imaginarse variantes fácilmente. Lo fundamental es la decisión de aceptar el principio de Ginebra según el cual los problemas de Vietnam deben ser solucionados por los vietnamitas.

Una segunda posibilidad podría ser la aniquilación. Nadie pone en duda que tenemos la capacidad tecnológica de hacerlo; hay sólo la duda sentimental de que tengamos también la capacidad moral. Bernard Fall predijo esta salida en una entrevista-

ta, poco antes de su muerte. “Los americanos pueden destruir –dijo–, pero no pueden pacificar. Pueden ganar la guerra, pero será la victoria del cementerio. Vietnam será destruido.”

Una tercera opción sería la invasión de Vietnam del Norte. Esto nos haría cargar con dos guerras de guerrillas imposibles de ganar en vez de una, pero si el cálculo es correcto, esto podría ser utilizado como artificio para unir a los ciudadanos en torno a la bandera.

Una cuarta posibilidad es un ataque a China. Entonces podríamos abandonar Vietnam y volvernos a una guerra que se podría ganar dirigida contra la capacidad industrial china. Un paso así podría dar la victoria en las elecciones. Y sin duda esta perspectiva también resulta atractiva para esa insana racionalidad denominada “pensamiento estratégico”. Si pretendemos mantener ejércitos de ocupación o siquiera fuertes bases militares en el continente asiático, deberíamos asegurarnos de que los chinos carecerán de medios para amenazarlos. Naturalmente, exista el peligro de un holocausto nuclear, pero resulta difí-

cil ver cómo puede preocupar esto a los que John McDermott denomina “dirigentes de la crisis”, a los mismos hombres que en 1962 estaban dispuestos a aceptar una probabilidad elevada de guerra nuclear para afirmar el principio de que nosotros, y solamente nosotros, tenemos derecho a mantener misiles en las fronteras de un enemigo potencial.

Muchos consideran las “negociaciones” como una alternativa realista, pero no comprendo la lógica ni siquiera el contenido de semejante propuesta. Si dejáramos de bombardear Vietnam del Norte, podríamos iniciar negociaciones con Hanoi, pero entonces habría muy poco que discutir. En lo que respecta a Vietnam del Sur, la única cuestión negociable es la retirada de las tropas extranjeras; las demás cuestiones solamente pueden ser solucionadas por los grupos vietnamitas que hayan sobrevivido al ataque americano. La exigencia de “negociaciones” me parece no solamente vacía sino, en realidad una trampa para quienes se oponen a la guerra. Si no estamos dispuestos a retirar nuestra tropas, las negociaciones llegarán a un punto muerto,

la lucha continuará. Las tropas americanas serán atacadas y tendrán bajas, y los militares dispondrán de un argumento para aumentar la escalada de la guerra y salvar vidas norteamericanas. En resumen, la solución de Symington: les ofreceremos la paz en nuestros propios términos, y si la rechazan, entonces la victoria es del cementerio.

Entre las opciones realistas, solamente la retirada (aunque sea disfrazada) me parece completamente tolerable, y la resistencia, como táctica de protesta, debe encaminarse a aumentar la disposición a que se adopte esta solución. Por otra parte, puede haber muy poco tiempo para emprender esta acción. La lógica del recurso a la resistencia como táctica para acabar la guerra es completamente clara. No hay base alguna para suponer que quienes toman las principales decisiones políticas están abiertos a razonar sobre las cuestiones fundamentales, y en particular la de si nosotros somos la única nación del mundo con autoridad y competencia para decidir las instituciones políticas y sociales del Vietnam. Y es más: no es fácil que el proceso electoral haga refe-

rencia a las decisiones principales. Como he señalado, la cuestión puede quedar decidida antes de las próximas elecciones. Pero incluso si no ocurre así, parece difícil que se someta a las urnas una elección seria. Y si por un milagro, se ofreciera una elección así, ¿cómo podríamos tomarnos en serio las promesas electorales de un “candidato de la paz” tras la experiencia de 1964? Dados los enormes peligros de la escalada y su carácter odioso, tiene sentido, en una situación semejante, elevar el coste interno de la agresión norteamericana; elevarlo hasta un punto en que no pueda ser dejado de lado por quienes tienen que calcular estos costes. Uno debe considerar entonces de qué maneras es posible plantear una amenaza seria. Acuden a la mente muchas posibilidades: una huelga general, huelgas universitarias, intentos de dificultar la producción y el suministro bélicos, etc.

Personalmente, creo que los actos de obstaculización de esta especie estarían justificados si fueran eficaces para conjurar una tragedia inminente. Sin embargo, soy escéptico acerca de su posible efectividad. En este momento soy incapaz de imaginar

una base amplia para una acción así, al menos entre la comunidad blanca, fuera de las universidades. Una represión eficaz, por consiguiente, no resultaría muy difícil. Supongo que estas acciones, además, implicarían primariamente a estudiantes y a los más jóvenes profesores de las facultades de Letras y de las escuelas de teología, junto con algunos científicos. Las escuelas profesionales, los ingenieros, los especialistas en tecnología de la manipulación y el control (buena parte de las ciencias sociales), probablemente permanecerían relativamente al margen. Por tanto, la amenaza a largo plazo, como tal, iría dirigida contra la cultura científica y humanista norteamericana. Dudo que esto les parezca importante a quienes se hallan en situación de tomar decisiones. Rusk, Rostow y sus cómplices del mundo académico parecen inconscientes de la seria amenaza que su política significa ya en estas esferas. No creo que valoren la medida o la importancia del derroche de energías creadoras y la desafección creciente entre los jóvenes, hartos de violencia y la impostura que ven en el ejercicio del po-

der americano. Una mayor obstrucción en estas zonas, por tanto, podría parecerles un coste despreciable.

La resistencia es en parte una responsabilidad moral y en parte una táctica para influir en la política gubernamental. En particular, en lo que respecta a la resistencia al servicio militar, creo que se trata de una responsabilidad moral que no puede ser evitada. Por otra parte, como táctica, me parece de una efectividad dudosa, tal como están las cosas. Pero lo digo con desconfianza y con bastante incertidumbre.

Ocurra lo que ocurra en Vietnam, tendrá necesariamente importantes repercusiones internas. Por principio, ningún ejército pierde jamás una guerra; sus valientes soldados y sus famosos generales son apuñalados por la espalda por traidores civiles. La retirada americana, por tanto, fácilmente hará salir a la superficie las peores características de la cultura americana y acaso producirá una seria regresión interna. Por otra parte, una “victoria” norteamericana podría tener consecuencias peligrosas tanto en el interior como en el exterior. Podría dar un prestigio adicional a

un ejecutivo ya demasiado poderoso. Existe, además, el problema señalado por A. J. Muste: "...en una guerra, el problema lo constituye el vencedor. Cree que acaba de probar que la guerra y la violencia compensan. ¿Quién le dará ahora una lección? Para la más poderosa y agresiva nación de la tierra, eso es ciertamente un peligro. Si pudiéramos liberarnos de la ingenua creencia de que somos diferentes y puros –creencia mantenida por ingleses, franceses y japoneses en sus momentos de gloria imperial–, entonces podríamos enfrentarnos honestamente con la verdad de esta observación. Sólo nos resta confiar en que nos enfrentaremos con ella antes de que sufran y que mueran demasiados inocentes de todas partes".

Finalmente, hay algunos principios que creo deben ser destacados cuando intentamos constituir una oposición eficaz a esta guerra y a las guerras futuras. Creo que no debemos presionar desconsideradamente a los demás a la desobediencia civil, y que debemos ser cuidadosos en no crear situaciones en las que los jóvenes se vean inducidos a ella, acaso violando sus convicciones

básicas. La resistencia debe ser emprendida libremente. Y también espero, más sinceramente de lo que puedo expresar, que ello creará vínculos de amistad y confianza recíproca que apoyarán y confortarán a quienes sin duda han de padecer sufrimientos.



Imagina

John Lennon

Imagina que no hay paraíso,
es fácil si lo intentas.
No hay infierno bajo nosotros,
arriba nuestro, sólo cielo.
Imagina a toda la gente
viviendo el presente.

Imagina que no hay países,
no es difícil hacerlo.
Nada por qué matar o morir,
y tampoco ninguna religión.
Imagina a toda la gente
viviendo la vida en paz...

Quizá piensas que soy un soñador,
pero no soy el único.
Espero que algún día te unas a nosotros,
y el mundo será uno solo.

Imagina que no hay posesiones,
me pregunto si puedes.
No hay necesidad de codicia ni hambre.
Una hermandad humana.
Imagina a toda la gente
compartiendo todo el mundo.

Quizás digas que soy un soñador,
pero no soy el único.
Espero que algún día te unas a nosotros
Y el mundo será uno solo.

Contenido

La desobediencia civil	
Henry David Thoreau	7
El poder de la insumisión	
León Tolstoi	59
El <i>ahimsâ</i> o el camino de la no-violencia	
Mohandas Gandhi	71
Carta desde la cárcelde Birmingham	
Martin Luther King	93
La desobediencia civil y la amenaza de guerra nuclear	
Bertrand Russell	141

La desobediencia como problema psicológico y moral	
Erich Fromm	159
Sobre la resistencia	
Noam Chomsky	177
Imagina	
John Lennon	213

Desobediencia civil y no-violencia

se terminó de imprimir en la Ciudad de México en noviembre de 2007.

En su composición se usaron tipos de la familia Palatino.